

EL LAISSEZ-FAIRE EN LA GRAN BRETAÑA DEL SIGLO XIX: ¿MITO O REALIDAD?*

Ellen Frankel Paul

Introducción: El debate académico en torno al laissez faire en Gran Bretaña

En el siglo XIX Gran Bretaña fue un gran baluarte del individualismo en el cual el despiadado principio de los economistas políticos -el *laissez faire* dominaba la opinión pública, y el Parlamento, bajo su influjo, acabó con los últimos vestigios de un arrogante estado mercantilista. La era victoriana, fascinada por dos fuerzas estrechamente relacionadas y aparentemente indomables -por un lado, la filosofía radicalmente individualista y antiestatista de los utilitarios benthamitas, y por el otro, la rígida economía del mercado libre de la escuela clásica-, rechazó despectivamente el camino de las soluciones gubernamentales para remediar los agudos problemas sociales de la época. Por su fanática defensa del interés personal, de la autoayuda y del individualismo atomístico, dicho período sólo puede caracterizarse como la era del *laissez faire*".

Esta visión de la economía británica durante el siglo XIX -una visión idílica o demoníaca, según la perspectiva desde la cual se enfoca el problema- es precisamente la que fue objeto de un duro ataque en los últimos treinta años. En particular a mediados de la década de los 60 arreció en las revistas y publicaciones especializadas el debate en torno a tres problemas esencialmente interrelacionados: 1) ¿Cuáles fueron las conclusiones políticas a que llegó la economía clásica y que los economistas clásicos, como individuos, respaldaron? 2) ¿Podríamos decir que Gran Bretaña encarnó en el siglo XIX, o durante buena parte de él, el ideal de un intervencionismo gubernamental mínimo en la esfera económico social, o que ese período fue, por el contrario, el caldo de cultivo del desenfrenado colectivismo que se impondría en los años siguientes? 3) Por último, ¿cuál fue el propósito esencial del benthamismo como filosofía política y como herramienta teórica, para el análisis de la acción política, y qué efecto ejercieron los benthamitas sobre el curso de la política británica? Estas cuestiones no deberían interesar simplemente a los historiadores, a los pedantes, o a quienes se sienten atraídos por sutilezas semánticas que giran en torno a la definición del *laissez faire*. Si queremos comprender realmente la naturaleza del estado leviatán moderno, será necesario discernir las fuerzas que posibilitaron su creación y examinar los argumentos invocados en apoyo de sus crecientes poderes.

1. Las políticas económicas de los economistas clásicos

"[... 1] los trabajos académicos realizados en los últimos cuarenta años han demostrado en forma incuestionable que los arquitectos de la economía política clásica no pueden ser considerados como defensores de la filosofía del *laissez faire*."1

"Identificar tales doctrinas [es decir, el *laissez faire*] con las opiniones declaradas y fácilmente accesibles de los economistas clásicos es un seguro signo de ignorancia o de inaliciencia.»2

1 Colin J. Rolmes, «Laissez-Faire in Theory and Practice: Britain. 1800-1875», *Journal of European Economic History* 5 (invierno 1970): 680.

* Traducido de *Literature of Liberty*, vol. III, Nº 4, invierno de 1980. Derechos cedidos por el Institute for Humane Studies, California, EE.UU.

2 Lionel Robbins, *The Theory of Economic Policy in English Classical Political Economy*, p. 37. Para algunas evaluaciones del grado de adhesión al *laissez faire* entre los economistas políticos clásicos véanse: G. J. Stigler: «The Economist and the State», *The American Economic Review* 55 (marzo 1965): 1-18; W. D. Grampp, *Economic Liberalism*, y "On the History of Thought and Policy», *Papers and Proceedings of the American Economic Association* 55 (mayo 1965):128-142

Si bien declaraciones tan rimbombantes sobre la existencia de una escisión entre los economistas políticos y la filosofía *laissez faire* pueden ser algo hiperbólicas cuando se las aplica a figuras tales como Adam Smith o David Ricardo, esas afirmaciones parecen mucho menos discutibles cuando se refieren a John Stuart Mill, Henry Sidgwick o J. E. Cairnes. Los críticos que enfocan la escuela clásica de economía con un criterio dinámico más bien que estático concuerdan en que a medida que avanzaba el siglo XIX, la fidelidad de los principales economistas hacia la política de *laissez faire* se fue debilitando cada vez más. Sea que centremos la atención en la muerte de Ricardo en 1823, o en la influencia del principio de utilidad de Bentham, o en los flirteos de John Stuart Mill con el socialismo como factores determinantes del definitivo viraje hacia un estado intervencionista más activo, los revisionistas contemporáneos coinciden en afirmar que los economistas clásicos se desviaron del *laissez faire* doctrinario.

Podríamos agregar que el esfuerzo de prácticamente todos estos revisionistas contemporáneos por rescatar a los economistas clásicos de las garras de un no intervencionismo extremo está motivado por el deseo de salvar su reputación, defendiendo a esos hombres y, en realidad, a la economía profesional en su incipiente estadio, de las abusivas acusaciones de extremismo, insensibilidad e inflexibilidad que tantas veces niancharon su recuerdo. Con pocas excepciones, las desviaciones de los economistas clásicos respecto del *laissez faire* puro son elogiadas como ejemplos de su pragmatismo, en vez de condenarlas por haberse apartado de una sana política pública. Por otra parte, una escuela clásica repleta de desviaciones, excepciones y consideraciones utilitarias es una antecesora mucho más venerable para el keynesianismo moderno.

Jacob Viner, "Adam Smith and Laissez-Faire», *Journal of Political Economy* 35

(1927), reimpreao en Viner, *The Long View and the Short*; Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*; Warren A. Samuels, *The Classical Theory of Economic Policy*; Thomas Sowell, *Classical Economics Reconsidered*; T. W. Hutchison, *'Positive' Economics and Policy Objectives*.

3 V. gr. Arthur J. Taylor, *Laissez-Faire and State Intervention in Nineteenth*

Century Britain, adopta un criterio dinámico para enfocar el cambio de posición de figuras tales como Senior y McCulloch a lo largo de un período de veinte años y el movimiento general de alejamiento con respecto al *laissez faire* entre las economistas que sucedieron a Ricardo. Otros, entre ellos Sowell, suelen considerar a los economistas clásicos desde el punto de vista más estático con las diferencias que ponfan de mauiiesto sobre problemas individuales, pero sin generar una ten

dencia definida.. 1

Dejando a un lado estas consideraciones motivacionales, las interpretaciones de los revisionistas acerca del aspecto "normativo" de la economía clásica son esencialmente exactas. La visión convencional según la cual los seguidores de Adam Smith eran antiestatistas radicales que rechazaban las incursiones gubernamentales en todos los frentes de las relaciones económicas privadas, es simplemente indefendible. Sin embargo hay aquí, como en todos los mitos imperantes, un sólido núcleo de verdad. Si bien los economistas clásicos toleraban y de hecho alentaban las reiteradas intervenciones gubernamentales destinadas a remediar males socioeconómicos manifiestos, el no intervencionismo continuaba siendo, en mayor o menor medida según los caprichos de cada economista, el principio prevaleciente y cualquier desviación de ese principio requería una elaborada justificación. Por lo tanto, la presunción general estaba del lado del laissez faire; las excepciones se planteaban caso por caso, habitualmente sobre una base empírica, y el peso de la prueba estaba a cargo de los intervencionistas. Con el correr del tiempo, por supuesto, esa presunción se fue debilitando hasta que en manos de hombres como John Stuart Mill apenas podía percibirse su descolorida imagen.

Robbins y su distinción de dos tradiciones morales individuales-- los derechos naturales versus el principio utilitario

Si queremos comprender debidamente las actitudes de los economistas clásicos hacia la intervención del estado en la economía será necesario bucear bajo la superficie de sus distintas opiniones sobre problemas de gran importancia en esa época tales como las leyes de pobres y las leyes que regulaban las fábricas, con el fin de llegar al nivel más fundamental de sus presupuestos morales y metafísicos. En un importante trabajo publicado en 1953, *The Theory of Economic Policy in English Classical Political Economy*, Lionel Robbins trató de realizar un análisis de ese tipo. Haciendo caso omiso de opiniones tan tradicionalistas como la de Jacob Viner⁴ para quien Adam Smith era partidario de la filosofía de los derechos naturales y la ley natural, Robbins sostiene que la escuela clásica basaba su concepción de la política económica en

4 Viner, «The Intellectual History of Laissez-Faire», *7th Journal of Law and Economics* 3 (octubre 1960): 60.

Es evidente, por otra parte, que para Adam Smith el laissez faire, más

allá de sus beneficios materiales, tenía un valor ético o moral, por cuanto

el principio de utilidad enunciado por David Hume. Por consiguiente, Robbins traza una distinción bastante clara entre las dos tradiciones que caracterizan el pensamiento individualista en los siglos XVIII y XIX. 5 La primera tradición, personificada en figuras tales como Frédéric Bastiat (1801-1850) y Mercier de la Rivière, instituía un sistema de libertad económica fundado en los puntales de los derechos naturales o la ley natural, los cuales generaban espontáneamente un milieu en el que la intervención estatal no sólo sería innecesaria, sino deletérea. La segunda tradición individualista, representada por la escuela clásica inglesa, se apoyaba en un principio moral utilitario y rechazaba todas las atribuciones metafísicas de los derechos naturales por considerar que eran, según la mordaz expresión de Bentham, un "disparate sobre zancos".6 Para los economistas ingleses que respondían a esta segunda tradición, el estado tenía, en consecuencia, una función más positiva. Se negaban a formular una categórica prohibición contra la intervención del estado, y confluían, en cambio en el principio de utilidad -la mayor felicidad para el mayor número de personas- para poner a prueba las consecuencias de cada una de las propuestas en favor del activismo estatal.

La taxonomía de Robbins tendiente a distinguir dos tradiciones individualistas bien definidas es, sin duda, perceptiva, pero falla en un aspecto significativo. Los economistas clásicos posteriores a Smith menospreciaban no sólo la concepción deísta del universo y del lugar que el hombre ocupa en él, basada en la ley natural, sino también una filosofía moral abroquelada en los derechos naturales. Bentham, no escatimó ninguna de sus dotes de implacable polemista para denostar tales doctrinas, considerándolas como un simple mito al servicio de intereses personales, como un dogma indefendible e indefensible, y sus hirientes ataques desacreditaron esas reivindicaciones lockeanas despojándolas de toda respetabilidad. Pero Adam Smith (1723-1790), predecesor de Bentham, no opinaba lo mismo.

dejaba intacto ese sistema natural de libertad que al individuo le correspondía como un *derecho natural*. Es muy probable, por lo tanto, que Adam Smith hubiera rechazado un amplio programa de regulación estatal de la empresa económica aun si hubiera creído que con ello se incrementaría la riqueza de las naciones.

Para una interpretación acerca de A. Smith al margen de la tradición de los derechos naturales, véase R. Lindgren, *The Social Philosophy of Adam Smith*.

5 Lionel Robbins, *Theory of Economic Policy*, p. 177.

6 Jeremy Bentham, «Anarchical Fallacies», Works, II, p. 501.

Después de un cuidadoso estudio de *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776) y de *The Theory of Moral Sentiments* (1759), Adam Smith aparece, en gran medida, como un consecuente defensor del naturalismo.⁷ En sus premisas filosóficas -la creencia en un universo natural armonioso, poblado de hombres dispuestos, por un sentido moral innato, a desempeñar su papel en la sociedad, y en una armonía natural de intereses entre individuos que no violen los derechos naturales- Smith adhiere a principios que para Robbins pertenecían exclusivamente a la tradición individualista de la Europa continental. Sin embargo, es indudable que cuando examinamos con detenimiento sus opiniones sobre las actividades gubernamentales permisibles, Smith se vuelve mucho más pragmático y aparentemente utilitario.

Estas digresiones en torno a la identificación de Smith como naturalista o como utilitario responden a un propósito de orden superior. Si somos incapaces de distinguir entre el naturalismo filosófico de Smith y el utilitarismo de sus sucesores económicos, sólo podríamos explicar entonces la gradual transición del cuasi-*laissez faire* al cuasi-estatismo como el resultado de fuerzas sociales, de la presión de los acontecimientos o de los urticantes ataques de sus críticos, o recurrir a alguna otra explicación igualmente débil o parcial. Sólo cuando levantemos el velo que cubre sus verdaderos pronunciamientos y analicemos este tremendo cambio del naturalismo al utilitarismo estaremos en condiciones de comprender la actitud de los miembros de la escuela clásica hacia el estado.

Adam, Smith abogaba por un estado truncado, cuyas funciones debían limitarse a defender a los ciudadanos contra la agresión externa e interna, y a crear y mantener ciertas instituciones y obras públicas indispensables "que un pequeño número de individuos nunca puede tener interés en financiar" porque los beneficios que obtendrían no compensarían los costos.⁸ La inclusión de esta categoría de "obras públicas" invalida, por supuesto, la afirmación de que Adam Smith era un purista del *laissez faire* o un firme defensor de la armonía natural de intereses, pero esa inclusión

⁷ Véase Ellen Frankel Paul, *Moral Revolution and Economic Science*, capítulo 1.

⁸ Adam Smith, *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, IV, ix, P. 51.

era un presagio de las cosas por venir y en esto radica su mayor importancia. Si el "sistema de libertad natural" se desmoronaba en ciertos casos, dice Smith, y entonces debíamos actuar como utilitarios pragmáticos aplicando remedios gubernamentales ~por qué no se venía abajo aun en mayor número de casos, preguntaban los sucesores de Smith? Hay que reconocer que las desviaciones de Smith respecto del no intervencionismo eran relativamente moderadas según los estándares contemporáneos -v.gr. el estado sólo podía intervenir para proveer obras públicas tales como caminos, puentes, faros y canales, proteger por medio de aranceles a las industrias necesarias para la defensa y contrarrestar el efecto de los aranceles extrinsecos, otorgar monopolios temporarios a sociedades anónimas en áreas inexploradas, regular el funcionamiento de la industria bancaria, prohibir la usura, proporcionar educación con fondos estatales a los hijos de indigentes y recaudar impuestos-, pero sentaron un importante precedente en favor de futuras intervenciones o en los casos en que los mercados funcionaran presuntamente en forma ineficiente o inadecuada.

Ricardo y Malthus: intervencionismo versus laissez faire

Para David Ricardo y Thomas Malthus continuaba teniendo mucha fuerza la presunción, no de la benevolencia del mercado per se, sino de la incapacidad del estado. En vista de la teoría malthusiana de la población, unida a las teorías de Ricardo sobre la renta y los salarios, los incentivos para ampliar la esfera de actividad del gobierno eran relativamente escasos.⁹ Pero cometeríamos, sin duda, una imperdonable omisión si no mencionáramos las idiosincrasias de Malthus y, en particular, su rechazo de la ley de Say (esto es, que la oferta crea su propia demanda, con lo cual se niega toda posibilidad de un profundo desequilibrio dentro del mercado general). Esta desviación respecto de la posición de la escuela clásica condujo a Malthus a proponer la intervención del gobierno

⁹ Otros, llamados ahora socialistas ricardianos, utilizarían la teoría de la renta de Ricardo como un argumento para apoyar la nacionalización de la tierra. Después de todo, si los terratenientes obtienen ganancias inesperadas que les vienen de arriba como consecuencia de la escasez de tierra y de las primas pagadas por las parcelas más ventajosas, y no como resultado de algún mérito de su parte, ~por qué no nacionalizar esas injustas ganancias? No era ésta, por supuesto, la opinión de Ricardo, quien apoyaba, por el contrario, la derogación de las leyes de granos para demorar por un tiempo el día del ajuste de cuentas.

con el fin de corregir las deficiencias del mercado durante los períodos de depresión, incluido el respaldo a las deudas gubernamentales y a los grandes proyectos de obras públicas para dar trabajo a los desocupados.

Gracias al impulso de otra peculiar doctrina malthusiana, Malthus abrió también una brecha en las filas sólidamente unidas de los economistas que se esforzaban por conseguir la derogación de las leyes de granos. En contraposición, su teoría de la población, que presagiaba un permanente conflicto entre el crecimiento demográfico y los medios de subsistencia, lo llevó a defender vigorosamente -como lo hizo Ricardo- la gradual liquidación de las leyes de pobres. En la introducción de Malthus al libro *Principles of Political Economy* (1820) nos encontramos por primera vez con una opinión, que sustentarían después otros economistas clásicos -McCulloch, Sidgwick, Cairnes-: que el *laissez faire* absoluto no era una doctrina apoyada por Smith y que una condena tan indiscriminada a toda regulación gubernamental carecía de sentido:

"Es obviamente imposible, por lo tanto, que un gobierno deje que las cosas sigan estrictamente su curso natural, y recomendar semejante línea de conducta, sin limitaciones ni excepciones, iría en desmedro de los principios generales, por ser totalmente inaplicable en la práctica".¹⁰

David Ricardo (1772-1823) ejemplifica el curioso caso de un economista cuyas teorías puras podrían haberlo inducido a abrazar el intervencionismo, pero que sin embargo respaldó un no intervencionismo relativamente moderado y consecuente. La teoría de la renta de Ricardo, con su proyección de los intereses antagónicos de clase, y su pronóstico de un eventual estado estacionario no lo impulsó a abandonar el *laissez faire*. ¿Por qué? La explicación radica quizás en que llegó a comprender que esas leyes económicas equivalían a las leyes naturales: de ahí que si el gobierno las cercenaba, las consecuencias podrían ser muy graves. A pesar de los fuertes vínculos que lo unían con Bentham, había aún en Ricardo una gran dosis de individualismo y de desconfianza hacia el gobierno, lo cual tenía aparentemente poca relación con sus doctrinas económicas puras. En lo que se refiere a las campañas activistas de su época, Ricardo tendía a adherirse a

¹⁰ Thomas Robert Malthus, *An Essay on the Principle of Population as it Affects the Future Improvement of Society*, p. 16.

los principios no intervencionistas: estaba en contra de la ayuda estatal a los pobres; apoyaba la derogación de las leyes de granos; se oponía teóricamente a los proyectos para instituir el impuesto a la herencia; se jactaba de no haber votado nunca un aumento impositivo mientras había sido miembro del Parlamento, y de haber votado en favor de la derogación de gran número de gravámenes intervencionistas; objetaba todas las medidas proteccionistas; abogaba por el restablecimiento del patrón oro después de las guerras napoleónicas, y apoyaba el pago expeditivo de la deuda nacional. Sin embargo, Ricardo cometió un momentáneo desliz cuando estuvo en favor de la creación de un banco nacional, iniciativa que se concretó finalmente en 1844, durante el ministerio de Robert Peel. A pesar de esta notable excepción, su adhesión a los principios del *laissez faire* fue más pronunciada que la de cualquiera de sus colegas de la escuela clásica de economía, excluyendo a Adam Smith.

Bentham - En la erosión utilitaria del *laissez faire*

Jeremy Bentham (1748-1832), verdadero artífice del progreso social, aportó los fundamentos teóricos para el debilitamiento del principio no intervencionista. Colin Holmes ni siquiera refleja cabalmente este hecho cuando escribe:

"Es difícil sostener que Bentham tenía una opinión negativa acerca de las funciones del estado, porque de acuerdo con el principio de utilidad que él sustentaba, las leyes y las instituciones de gobierno deben juzgarse y justificarse teniendo en cuenta tan sólo su utilidad".¹¹

La fidelidad explícitamente reconocida de Bentham hacia la economía smithiana y estaba llamada a influir en la posteridad. Muy por el contrario, el legado que el benthamismo dejaría a las generaciones venideras se inspiraba, no en los aspectos individualistas de los escritos de Bentham, sino en sus principios colectivistas. Si bien Bentham no fue el primero en exponer el principio de utilidad, fue sin duda quien lo propugnó más celosamente. Si cada una de las propuestas en favor del activismo gubernamental debe evaluarse sobre la base de sus méritos, de acuerdo con el

¹¹ Colin J. Holmes, "Laissez-Faire Theory and Practice", p. 677.

"felicific calculus"* utilitario, será sólo cuestión de tiempo que el principio de *laissez faire* se torne ineficaz a raíz de las debilitantes batallas que se libran una tras otra en la retaguardia. Pero no es necesario que especulemos sobre las meras posibilidades de erosión del *laissez faire*, puesto que Bentham se tomó el trabajo de proporcionarnos un amplio catálogo de lo que denominaba 'Ágenda' para el gobierno. Y cuando terminó de enumerar esas diversas "agendas", su máxima de que el gobierno debía "quedarse quieto" yacía herida de muerte. El siguiente pasaje muestra un compendio de las interferencias gubernamentales permisibles que Bentham respaldó en algunos de sus escritos:

promulgar las leyes de pobres; crear hospitales para los indigentes y talleres para los desocupados; recaudar impuestos con propósitos de redistribución y para reducir la necesidad de imponer gravámenes directos; recompensar a las víctimas de actos delictivos cuando los perpetradores son indigentes; salvaguardar la seguridad nacional y establecer tribunales y fuerzas de policía interna; difundir información útil para la industria; rotular las sustancias venenosas; garantizar que se indique en las mercaderías la cantidad y calidad del producto; fijar un precio máximo para los granos; proveer lo necesario para asegurar la subsistencia mediante el almacenaje de granos y el otorgamiento de subsidios a los productores para la construcción de graneros; estimular la inversión en épocas de desempleo; otorgar patentes a los inventores; regular la actividad de los bancos y de los corredores de bolsa; promover las jubilaciones en las áreas de gobierno y un plan voluntario de seguro gubernamental; establecer bancos del gobierno; establecer y cumplimentar el monopolio gubernamental sobre la emisión de papel moneda; emprender obras públicas para dar trabajo a los desocupados y, finalmente, crear institutos, consejos escolares y universidades". 12

Una lista prodigiosa, en verdad, que pone de relieve las propensiones intervencionistas de un liberalismo fundado en el principio utilitario, en contraposición, con el liberalismo basado en los derechos naturales.

Método para determinar la rectitud de una acción, contrapesando los probables placeres o sinsabores que podría causar. [N. de la T.1

12 Ellen Frankel Paul, *Moral Revolution and Economic Science*.

No cabe ninguna duda de que en sus escritos filosóficos, económicos y políticos Bentham estimulaba incesantemente el activismo del estado, pero caracterizar al propio Bentham como un colectivista sería una grosera simplificación. En una alianza *non saneta* con sus centralizadoras tendencias a maximizar la felicidad social, coexistía un núcleo de individualismo, la insistencia en que cada persona debía ser tomada en cuenta en el cálculo social, en que las soluciones gubernamentales requerían una justificación especial, y que cada individuo debía defender su libertad contra las intrusiones de un estado arrogante y frecuentemente corrupto. Estos preceptos individualistas, y su admiración por las doctrinas económicas de Adam Smith, mantenían a raya su presunta tendencia a invocar la intervención del gobierno para solucionar los problemas sociales.¹³

Stuart Mill y el colectivismo utilitario

John Stuart Mill (1806-1873), el brillante, rebelde y finalmente renuente discípulo de Bentham, fue el encargado de poner de relieve las tendencias colectivistas existentes en el benthamismo e impulsar el principio de utilidad hasta su desenlace estatista. Llevado a la desesperación, habiendo sufrido en sus años mozos un colapso mental provocado por los rigores de un sistema educacional benthamita áridamente racionalista, impuesto por su padre, Stuart Mill quiso dar un nuevo significado a su vida. Esta búsqueda lo acercó a Coleridge, Carlyle, Comte, e incluso a los santimonianos socialistas. Los flirteos del joven Mill con los socialistas empezaron ya en 1830. Esta atracción hacia el radicalismo de la Europa continental precedió a su escandalosa asociación con la humanitarista Harriet Taylor. Tal vez el juicio que Stuart Mill le merece a Joseph Schumpeter sea un poco exagerado, pero sin duda refleja en buena medida las convicciones morales que animaban la vida intelectual de Mill:

13 Para analizar el grado de adhesión de Bentham a la economía smithiana y el lugar que ocupa en la escuela clásica véase J. B. Brebner, «Laissez-taire and State Intervention in Nineteenth-Century Britain», *Journal of Economic History*, Suplemento 8 (1948); J. W. Hutchison, "Bentham as an Economist", *Economic Journal* (junio 1956): 288-306; A. V. Dicey, *Lectures on the Relationship Between Law and Public Opinion in England During the Nineteenth Century*; John Steuart Mill, *English Utilitarianism*.

"Aunque cambió repetidamente su posición en los detalles, desde alrededor de los veinticinco años en adelante fue un socialista de carácter asociacionista, que creía firmemente en el progreso evolutivo de la sociedad».14

El libro de Stuart Mill *Principles of Political Economy* llegó a ser el principal texto de economía de toda una generación, rescatando la economía ricardiana e induciendo a los economistas jóvenes a examinar con creciente simpatía (a medida que aparecían nuevas ediciones) los credos socialistas de la Europa continental. Para toda persona familiarizada con los debates de la década de 1820 en torno a los alcances y los métodos de la economía política, el libro de Mill, *Principles of Political Economy*, debe haber parecido un poco anómalo. Tanto Nassau Senior como J. S. Mill habían trazado una barrera aparentemente infranqueable entre la ciencia pura de la economía y el "arte" de las prescripciones políticas. Ambos sostenían que los economistas no podían, como científicos, aconsejar a los estadistas. Curiosamente, en *Principles of Political Economy* Mill reavivaba una concepción smithiana de la economía política en la cual los poderes aleccionadores de la disciplina eran, si no fundamentales, al menos de considerable importancia. Aparentemente, la razón por la cual Stuart Mill abandonó su distinción entre "arte y ciencia" fue para presentar una economía política tan abarcadora como la de Smith, pero despojada de la afinidad de su predecesor con la ley natural y de sus críticas al *laissez faire*.

El intervencionismo de Stuart Mill división entre producción y distribución

Una de las armas empleadas por Stuart Mill para promover el segundo objetivo fue establecer una distinción entre las leyes de producción que se consideraban inmutables y las leyes de distribución que podían manipularse a voluntad de los legisladores. Como expresa en su *Autobiography* (1873), el propósito subyacente en esa distinción era subrayar la flexibilidad de la distribución de la riqueza. Las disposiciones sociales relativas a la distribución, en vez de ser inmutables, como sostenían anteriormente los economistas, debían someterse a los programas redistributivos, en particular aquellos concernientes a la propiedad privada. No es ex-

I

14 Joseph Schumpeter, *History of Economic Analysis*, p. 531.

traflo entonces que la «agenda» que Mill había preparado para el gobierno, bajo la égida del principio de "conveniencia (utilidad) general" sobrepasara, tanto en magnitud como en penetración, la de sus predecesores. No sólo apoyaba la nacionalización de la tierra, la ayuda a los desocupados, la limitación de la herencia, el otorgamiento del *derecho* a recibir ayuda, la puesta en vigor de restricciones legales a la procreación entre los pobres, la educación obligatoria, la regulación del trabajo de los menores y los planes gubernamentales para la construcción de viviendas, sino también la reglamentación y, si fuera necesario, la nacionalización de las industrias monopólicas o en gran escala. Aunque el *laissez faire* continuaba siendo un principio ante el cual Stuart Mill se inclinaba respetuosamente, después de la enumeración de su lista de excepciones no quedaba virtualmente nada de lo que había sido en otro tiempo una poderosa barrera contra el estado intervencionista.

Las similitudes de Stuart Mill

Sin embargo, el efímero reconocimiento del no intervencionismo por parte de Stuart Mill era invalidado por la benevolencia con que juzgaba a algunos socialistas como Saint Simon, Fourier y Robert Owen. Si bien las opiniones de Mill sobre ciertos detalles de los programas socialistas sufrieron, con el correr del tiempo, diversas modificaciones,¹⁵ encontramos siempre en su discurso algunas ideas persistentes: que la propiedad basada en el sistema de mercado libre es transitoria y que el progreso humano conducirá, con toda probabilidad, a alguna forma de socialismo. El atractivo llamado de Mill en favor de la igualdad, la fraternidad y la organización comunal tenía poco encanto para sus predecesores. En realidad, si hombres como Malthus, Ricardo o Senior mencionaban siquiera el socialismo, sólo era para cubrirlo de improperios. Pero, para ser justos, deberíamos hacer una advertencia: Mill no fue nunca un colectivista fanático, porque era un intelectual demasiado elitista e individualista para confiar en la soberanía de las masas y, particularmente, en el sofocante conformismo de la opinión pública.

¹⁵ Para un detallado análisis de las diversas metamorfosis de Mill sobre el problema del socialismo véanse Lionel Robbins, *The Theory of Economic Policy*, Lecture V, y Ellen Frankel Paul, *Moral Revolution and Economic Science*, pp. 167-175.

Cairnes y Sidgwick.- La evolución entre el *laissez faire* y la ciencia económica,

Dos discípulos de John Stuart Mill, Henry Sidgwick (1838-1900) y J. E. Cairnes (1823-1875), completaron en las décadas de 1870 y 1880 la evolución de la escuela clásica hacia la construcción de una impenetrable barrera teórica entre la ciencia económica y el *laissez faire*. En 1870, Cairnes presentó en el *college* de la universidad un revelador ensayo titulado "Political Economy and Laissez Faire", en el cual negaba categóricamente que la economía como ciencia tuviera algo que ver con el *laissez faire*. Al sostener que la máxima no tenía ninguna base científica, desechaba el *laissez faire* como una simple y cómoda regla práctica, "útil, quizá, para recordar a los estadistas de qué lado está la presunción en cuestiones relativas a la legislación industrial, pero absolutamente desprovista de toda autoridad científica".¹⁶ Cairnes también atacaba frontalmente la idea smithiana de la armonía de intereses y el proceso de una "mano invisible" que llevaba a los individuos a actuar, en la prosecución de sus propios intereses personales, de una manera que resultaba beneficiosa para la sociedad. A juicio de Cairnes, la sociedad no se organizaba espontáneamente para promover y estimular el bien social. Sostenía que, a pesar del firme y continuo progreso del *laissez faire* en los cincuenta años precedentes, no había habido un mejoramiento social significativo. El *laissez faire*, expulsado del panteón de los principios científicos, era degradado, y quedaba reducido a desempeñar el papel de un débil recordatorio, de una simple advertencia para que los legisladores obraran con prudencia en la búsqueda del mejoramiento social. En una vena similar, Sidgwick enunció un principio destinado a reemplazar el desacreditado "dogma" del *laissez faire*:

"En suma, la presunción general derivada del razonamiento económico abstracto no está en favor de dejar a la industria totalmente en manos de la empresa privada, en una comunidad que puede ser considerada como un modelo de la función práctica de gobierno, sino que, por el contrario, está en favor de reforzar y controlar a esa empresa de diversas maneras, a través de la acción colectiva de la comunidad".¹⁷

16 J. E. Cairnes, «Political Economy and Laissez Faire», p. 244. 17 Henry Sidgwick, *The Principles of Political Economy*, p. 417.

Cuando Stuart Mill y su sucesor, Henry Sidgwick, fueron bombardeados con argumentos socialistas que condenaban los efectos distributivos del mercado libre por ser injustos, objetaban la propiedad privada de la tierra por considerar que equivalía a una usurpación y denunciaban como un robo a presunto derecho de los capitalistas a obtener beneficios, dieron la razón a los socialistas en lo concerniente al problema de la «justicia distributiva». Vemos aquí, con suma claridad, los efectos que ejerció el benthamismo al echar por la borda la teoría moral de los derechos naturales, con su concepción de la justicia conmutativa en lugar de la justicia distributiva. El principio de utilidad demostró ser un baluarte inestable para la doctrina del *laissez faire*, a medida que los economistas se mostraban cada vez menos entusiasmados con las explicaciones sobre la "mano invisible" y se inclinaban a aceptar, en cambio, las "reformas" promulgadas por el gobierno. Si cada propuesta de ingerencia en el mercado debe juzgarse en función de la relación costo-beneficio y de la pauta que maximiza la mayor felicidad para el mayor número de personas, con todos los problemas inherentes a la medición de las comparaciones interpersonales de la utilidad y de los costos desconocidos o no cuantificables implícitos en dicha pauta, es probable que los economistas se muestren favorablemente dispuestos a aceptar las soluciones gubernamentales. Ya no se interpondrían barreras inflexibles, principios rígidos y requerimientos doctrinarios entre el economista y su conciencia social esclarecida.

El peso de la autoridad, tanto de fuentes originales como críticas, conduce inevitablemente a la conclusión de que a medida que la escuela clásica evolucionaba -a medida que Bentham sucedía a Smith y Mill a Bentham- la conexión entre la economía como ciencia y el *laissez faire* como política se iba haciendo cada vez más tenue. Incluso Adam Smith, el gran mentor de la escuela clásica, ponía de manifiesto marcadas desviaciones que sentaban precedentes respecto del dogma del *laissez faire*.

La escuela de Manchester y la lucha de comercio.
Richard Cobden y John Bright

Si la escuela clásica no puede ser considerada como el gran bastión y el repositorio del no intervencionismo en la gran Bretaña del siglo XIX, ¿existían otras fuerzas que sostuvieran la doctrina purista del *laissez faire*? Sí, sin duda. Un ejemplo citado con frecuencia sería el de los teóricos de la escuela de Manchester, dirigidos por Richard Cobden (1804-1865) y John Bright (1811-1889),

quienes trabajaron incansablemente en pro de la derogación de las leyes de granos. Sin embargo, su posición como grupo motivado predominantemente por el *laissez faire* fue cuestionada por los revisionistas; para éstos, los teóricos de la escuela de Manchester proponían más bien, como principio fundamental, la libertad de comercio. El apoyo de Cobden a las leyes de fábricas sería visto como una aberración por quienes consideraban que la escuela de Manchester era fundamentalmente no intervencionista, y como una prueba adicional por quienes sostenían la línea revisionista.¹⁸

El *laissez faire* puro. Martineau, las revistas especializadas y la economía política

Los divulgadores de la economía política, tales como Harriet Martineau y Jane Marvet, fueron quienes dispensaron las panaceas del *laissez faire* en su forma más pura, aunque en el caso de Martineau, su hostilidad general hacia el estado no llegó al extremo de condenar la educación estatal. Otras fuentes puristas fueron los periódicos y revistas no conformistas, en particular *The Economist*, durante los años 1843-1854, bajo la dirección de James Wilson, y *Leeds Mercury*, de Edward Bain. *The Economist* alimentó las tendencias antiestatistas y evolucionistas de Herbert Spencer.¹⁹ En estas publicaciones podían encontrarse argumentos consecuentes y principistas en, contra de propuestas estatistas tales como las leyes sanitarias, la vacunación obligatoria y la subvención estatal a las escuelas.

Para la mente popular de la época existía sin duda una asociación entre los economistas políticos y el mandato del *laissez faire* contrario a la interferencia del estado. Mientras que la escuela clásica rendía homenaje, indudablemente, a esa máxima, los elogios se hicieron cada vez menos frecuentes a medida que avanzaba el siglo, hasta que finalmente, en manos de J. S. Mill y sus sucesores sólo quedó del no intervencionismo una cáscara vacía.

¹⁸ Para un estudio de la escuela de economía de Manchester; Bernard Semmel, *The Rise of Free Trade Imperialism, Classical Political Economy and the Empire of Free Trade and Imperialism, 1750-1850*: Norman McCord, *The Anti-Corn Law League 1838-1846*.

¹⁹ Un estudio más amplio de tales fuentes puede encontrarse en Colin Holmes, "Laissez-Faire in Theory and Practice", pp. 680-682; y Arthur Taylor, *Laissez-Faire and State Intervention*, pp. 27-30.

Il la "era del *laissez faire*" y el benthaniismo

Dicey versus los revisionistas- consideraciones en torno a la realidad del *laissez faire* britànico en el siglo XM y a la importancia del bentlumaismo

El estudio clàsico de A. V. Dicey, *Lectures on the Relation Between Law and Public Opinion in England During the Nineteenth Century*,^{19a} publicado en 1905, puede servirnos de punto focal para volver a evaluar los alcances del *laissez faire* en la politica britànica durante el siglo XIX y las causas que condujeron a su declinaci3n y su caida. Empezando con un articulo algo desacertado de J. Bartlet Brebner, "Laissez Faire and State Intervention in Nineteenth Century Britain", que apareci3 en 1948 en el *Journal of Economic History*, surgi3 un cuerpo de historiografia revisionista que iba a objetar los presupuestos fundamentales de la tesis de Dicey: que durante el periodo de 1825 a 1875 Gran Bretafia habia gozado de un respiro en materia de intervencionismo, mientras que el individualismo era objeto de una verdadera apoteosis, y que el benthamismo habia sido la principal fuerza inspiradora de esa liberalizaci3n. Con la declaraci3n tipicamente hiperb3lica de Brebner, los temas de discusi3n entraron en conflicto:

"El *laissez faire* era un mito politico y econ3mico en el sentido formulado por George Sorel cincuenta afios atràs, es decir, un slogan o un grito de guerra lanzado por las nuevas fuerzas de la empresa en su lucha econ3mico-politica contra la oligarquia terrateniente. Esto parece ser màs que probable cuando descubrimos en los escritos de Jeremy Bentham y John Stuart Mill que estos economistas, considerados generalmente como los te3ricos tìpicos, casi fundamentales, del *laissez faire*, eran en realidad exactamente lo contrario, es decir, los te3ricos de la intervenci3n del estado con fines colectivistas [... 1. Al presentar a Bentham como el arquetipo del individualismo britànico, él [Dicey] comunicaba precisamente lo opuesto a la verdad: Jeremy Bentham era el arquetipo del colectivismo britànico".²⁰

^{19a} Quisiera agradecer a Robert Hesson, de la Instituei3n Hoover, por su valiosa ayuda para localizar los pasajes de la literatura que analizo en esta secci3n.

²⁰ J. Bartlet Brebner, "Laissez Faire and State Intervention in Nineteenth Century Britain", pp. 59-60, 61.

La controversia posterior se ha centrado en determinar hasta qué punto el *laissez faire* prevaleció en la arena política y -si en verdad lo hizo- durante qué período del siglo, y en determinar también si Bentham y sus adeptos influyeron en el curso de los acontecimientos, imprimiéndole una dirección individualista o colectivista. El peso de la opinión parece inclinarse del lado de quienes cuestionan la existencia de una «era de *laissez faire*», mientras que las fuerzas antagónicas parecen dividirse en partes aproximadamente iguales en torno al problema de la influencia del benthamismo sobre el panorama político. Existe, sin embargo, un acuerdo casi universal en el sentido de que, al menos en teoría, el benthamismo tenía un fuerte tinte colectivista, como lo evidenciaba la propensión del filósofo utilitario a apoyar programas de reforma que requirieran la creación de nuevos cuerpos administrativos, con inspectores centralizados dotados del poder necesario para supervisar el cumplimiento de dichos planes. Numerosos ejemplos de esta proclividad pueden encontrarse en el *Constitutional Code* de Bentham.

La tesis de Dicey: el papel del *laissez faire* en el siglo XIX

Si queremos comprender el debate contemporáneo en torno al *laissez faire*, debemos examinar primero, con sumo detenimiento, el trabajo de Dicey titulado *Relationship Between Law and Public Opinion in England During the Nineteenth Century*. Dicey dividía la Inglaterra del siglo XIX en tres períodos que en alguna medida se superponían: 1) 1800 a 1830 marcaba una época caracterizada por el antiguo torismo y el quietismo legislativo; 2) 1825 a 1870, con una Inglaterra en la que dominaba el benthamismo o individualismo; 3) 1865 a 1900 mostraba el predominio del colectivismo.²¹ La caracterización que hace Dicey de los años 1825 a 1875 como la época de apogeo del *laissez faire*, así como su evaluación de la naturaleza y la influencia del benthamismo sobre esa presunta era de no intervencionismo, dieron origen a nuestra contro-

21 Otros de los primeros historiadores que comparten la opinión de Dicey en el sentido de que el siglo XIX encarnaba un período de defensa del *laissez faire* son W. Cunningham, *The Growth of English Industry and Commerce in Modern Times, Part II. Laissez Faire*; C. R. Fay, *Great Britain From Adam Smith to the Present Day* y *Life and Labour in the Nineteenth Century*; L. C. A. Knowles, *The Industrial and Commercial Revolution in Great Britain During the Nineteenth Century*; E. Lipson, *Planned Economy or Free Enterprise. The Lessons of History*.

versia contemporánea. De acuerdo con el análisis de Dicey, el *laissez faire* surge en la Práctica "como el principio más poderoso y vital de la reforma benthamita".²² El principio de Bentham en el sentido de que el individuo es el mejor juez de su propia felicidad arrojó una sombra sobre la imagen legislativa, que apuntaba a la eliminación de muchas molestas restricciones. Empero, Dicey reconoció implícitamente la maleabilidad del principio del *laissez faire* cuando escribió:

"Este dogma del *laissez faire* no es, desde un punto de vista lógico, un artículo esencial del credo utilitario. Pero aunque el *laissez faire* no es una parte esencial del utilitarismo, era prácticamente la parte más vital de la doctrina legislativa de Bentham, y en Inglaterra confirió al movimiento en favor de la reforma de la legislación tanto su poder como su carácter".²³

Con el fin de preservar este fantasma del individualismo benthamita, Dicey ejecutó una gambeta algo caprichosa al describir, por ejemplo, la aprobación de las leyes de fábricas (en especial la ley de las Diez Horas en 1847), como una derrota para los benthamitas que sentó un precedente para la promulgación de las leyes socialistas que nutrirían al futuro colectivismo. Si bien este último juicio parece atinado, es difícil sostener que dicha legislación representó una derrota para el benthamismo, si tenemos en cuenta el número de benthamitas que fueron figuras influyentes en las comisiones reales y trabajaron incansablemente en las campañas en pro de las leyes de fábricas.

Al historiar la crónica del deslizamiento de Gran Bretaña hacia el colectivismo legislativo durante el último tercio del siglo XIX, Dicey puso de manifiesto una evaluación más mesurada de los efectos del benthamismo sobre la creación del estado administrativo. Según la opinión de Dicey, el principio de utilidad, el impulso en favor de la soberanía parlamentaria y la ampliación y el perfeccionamiento del mecanismo de gobierno constituyen el legado permanente del utilitarismo que socavó (inconscientemente, a su entender) el dominante individualismo de la doctrina benthamita.

«En 1830, los estadistas de los partidos políticos no percibían el elemento despótico o autoritario latente en el utili-

²² A. V. Dicey, *Law and Opinion*, p. 144.

²³ A. V. Dicey, *Law and Opinion*, pp. 144-146.

tarismo. Los reformadores de la época confiaban, en su mayor parte implícitamente, en el dogma del *laissez faire*, y no eran capaces de advertir que no existe, en realidad, ninguna conexión lógica necesaria entre ese dogma y el "principio de la mayor felicidad» que podía ser adoptado con igual sinceridad sea por los partidarios de la libertad individual, sea por los defensores del gobierno paternalista [... 1. Los liberales de 1830 eran acérrimos partidarios de la libertad individual, pero abrigaban ideas que, aunque los hombres que las sostenían no lo supieran, podían fomentar perfectamente, si se modificaban las condiciones sociales, la autoridad despótica de un estado democrático [... 1. Entre 1868 y 1900 tuvieron lugar tres cambios que llevaron al primer plano el aspecto autoritario del liberalismo benthamita. La fe en el *laissez faire* sufrió un eclipse: en consecuencia, el principio de utilidad se convirtió en un argumento en favor, no de la libertad individual, sino del absolutismo del estado. Con el progreso de la democracia, el Parlamento llegó a ser el representante, no de las clases medias, sino de todo el cuerpo de jefes de familia; por consiguiente, la soberanía parlamentaria terminó por representar, en última instancia, el poder ilimitado de los asalariados. El mecanismo administrativo inglés fue reformado y fortalecido. De este modo, la maquinaria del sistema proporcionó lo necesario para la expansión práctica de la actividad del estado [...]. Se consideraba, en consecuencia, que los benthamitas habían *forjado las* armas que más necesitaban los socialistas.¹¹²⁴

Aunque inconscientemente, los benthamitas *forjaron las* herramientas del socialismo al crear un estado administrativo eficiente, en lugar del estado corrupto, medieval y nepotista que ellos condenaban.²⁵

24 A. V. Dicey, *Law and Opinion*, pp. 307,146.

25 Para una evaluación más reciente en apoyo de la opinión de Dicey, quien consideraba que la contribución de los benthamitas al colectivismo no fue intencional, véase Arthur J. Taylor, «Laissez-Faire and State Intervention in Nineteenth Century Britain», pp. 36-37. Taylor sostiene que existe una dicotomía entre los puntos de vista de los benthamitas y los fabianos sobre el estado: los fabianos consideraban al estado como una herramienta positiva para promover un mayor bienestar, mientras que para los benthamitas era una institución negativa, a la que se recurría a regañadientes en algunas ocasiones para asegurar el máximo de felicidad. "La contribución de los utilitarios a la emergencia del estado benefactor, aunque real, fue esencialmente involuntaria [...] podría sostenerse con no menor plausibilidad que si Bentham no hubiera existido, el siglo XIX habría tenido que inventarlo.»

El análisis de Dicey sobre el impacto del benthamismo es más sofisticado que lo que piensan algunos de sus críticos. No absuelve al benthamismo de la culpa que le cabe por haber contribuido al advenimiento del colectivismo, pero se niega a reconocer categóricamente que lo haya hecho en forma consciente. Sin embargo, los incesantes esfuerzos de los discípulos de Bentham al lanzar una verdadera artillería propagandística destinada a modificar el clima de la opinión pública y a conquistar la aprobación legislativa para buena parte de las leyes sociales de la década de 1840, pasaron inadvertidos para Dicey.

Crítica a Dicey por parte de Brebner y los revisionistas

El ataque de los revisionistas contra Dicey, iniciado por J. Bartlet Brebner, centróse en dos puntos del análisis de Dicey: 1) que en realidad existió una era de *laissez faire* en la Inglaterra del siglo XIX, y 2) que el benthamismo fue un factor esencial en la estimulación del clima individualista que caracterizó ese período. Si bien estos dos puntos están íntimamente entrelazados en la literatura revisionista, así como en los trabajos contra-revisionistas que esa literatura desencadenó inevitablemente, creemos que sería conveniente examinar los dos argumentos por separado, ya que los comentaristas tendían a adoptar puntos de vista divergentes sobre ambos a medida que pasaba el tiempo y se iba desarrollando el debate.

A. ¿Existió una "era de *laissez faire*"?

Crítica de Brebner al "mito" del *laissez faire*

Brebner negó categóricamente la existencia de esa era, tildándola de "mito" falaz. Los presuntos creadores de la ideología del *laissez faire*, Jeremy Bentham y John Stuart Mill, resultaron ser, a juicio de Brebner, precisamente lo contrario: apóstoles del intervencionismo estatal con fines colectivistas. Y mientras que el estado eliminaba las regulaciones al comercio en la primera parte del siglo, las extendía simultáneamente a la industria. Podemos documentar, casi año por año, el desarrollo paralelo del *laissez faire* y de la intervención estatal, a medida que los intereses políticos antagónicos se disputaban el poder.²⁶ Ocasionalmente triunfaba uno

²⁶ J. B. Brebner, "Laissez-Faire and State Intervention», p. 65.

de esos grupos de intereses, pero por lo general la lucha terminaba en un difícil compromiso. Para Brebner, el "motor del cambio" en el siglo XIX no debe buscarse en *à laisnez faire*, ni en el intervencionismo estatal, sino en las fuerzas básicas de la industrialización. Sin embargo, desde 1832 en adelante, es decir, desde el año en que se promulgó la primera ley de reforma, una intervención estatal conducía en forma inevitable, como una bola de nieve, a la siguiente.

"En general, el poder pasaba de la tierra a otras formas de riqueza y de éstas al pueblo, pero mientras esto ocurría, y los tres elementos político-económicos cambiaban de posición pasando por todas las combinaciones posibles de dos contra uno, la tendencia a recurrir a la fórmula benthamita en favor de la intervención estatal se manifestaba con asombrosa firmeza [... 1.27

Los más destacados seguidores de Brebner, entre los cuales podemos mencionar a Oliver MacDonagh, David Roberts, H. Scott Gordon, William D. Anydelotte, W. L. Burn, y Colin J. Holmes,²⁸ lograron reunir una importante y persuasiva documentación acerca del extendido intervencionismo del gobierno inglés durante la supuesta era de *laisnez faire* proclamada por Dicey. Los argumentos invocados por esos economistas, y los intentos algo más débiles de refutarlos por parte de sus adversarios, merecen un detenido examen.

MacDonagh y la "revolución gubernamental" intervencionista

En un importante artículo titulado "The Nineteenth-Century Revolution in Government: A Reappraisal", Oliver MacDonagh trató de extrapolar de su anterior trabajo sobre la administración

27 J. B. Brebner, 'Laissez-Faire and State Intervention', p. 65.

28 Oliver MacDonagh, "The Nineteenth-Century Revolution in Government: A Reappraisal", *The Historical Journal* 2 (1958): 526-7; David Roberts, *Victorian Origins of the British Welfare State*; H. Scott Gordon, "The Ideology of Laissez-Faire", cap. A. W. Coats, *The Classical Economists and Economic Policy*; William D. Anydelotte, "The Conservative and Radical Interpretations of Early Victorian Social Legislation", *Victorian Studies* 9 2 (1967-1968): 225-236; W. L. Burn, *The Age of Equipoise: A Study of the Mid-Victorian Generation*; Colin J. Holmes, "Laissez-Paire in Theory and Practice: Britain, 1832-1875", pp. 671-.

de la emigración un modelo que explicaría la génesis, - de lo que él concebía como una «revolución gubernamental» en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX, Según MacDonagh, existían fuerzas poderosas que habían contribuido a esta transformación de las funciones de gobierno, una transformación que echó por tierra definitivamente la creencia en la posibilidad de dejar en libertad a las fuerzas individualistas para que siguieran su propio camino, sin ninguna clase de controles ni regulaciones. Entre esas fuerzas a las que se refería MacDonagh se destacaban los problemas sociales generados por el proceso de industrialización impulsado por la máquina de vapor, el vasto incremento de la concentración y la movilidad poblacional, la influencia cada vez mayor de los sentimientos humanitarios, la creciente sensibilidad de las instituciones políticas a la presión de la opinión pública que dio origen a un prodigioso desarrollo de la legislación y de los órganos de investigación parlamentaria y, finalmente, la posibilidad de buscar soluciones para los problemas sociales causados por los desarrollos tecnológicos de la producción en masa y los rápidos medios de transporte.

MacDonagh sostiene que estas fuerzas contínuas fueron las que crearon un colectivismo parcial sobre cuya base pudo cimentarse el gobierno en el último cuarto del siglo. Una vez que uno comprende, tanto el mecanismo que operaba en el período anterior, como el ímpetu generado por él, resulta comprensible el "generalizado colapso del individualismo político" en Gran Bretaña. El modelo que ofrece MacDonagh para explicar este fenómeno del crecimiento del estado administrador en Gran Bretaña es muy interesante, y si bien los críticos señalaron algunas falias en sus detalles, en general mostraron pocos deseos de cuestionar su percepción de una profunda revolución administrativa.

De acuerdo con el modelo de MacDonagh, la primera etapa del proceso era impulsada comúnmente por la revelación de algún calamitoso mal social (v.gr., el trabajo de menores en las fábricas, los accidentes en las minas, el enorme aumento de las enfermedades en los centros urbanos), seguida irresistiblemente por la exigencia de remediar esa afligente situación.

"Ninguna muralla doctrinaria o de intereses, por fuerte que fuese, podía resistir permanentemente el clamor de ese único grito ('intolerable'), sobre todo a medida que los gobiernos iban siendo más sensibles al sentimiento público, y éste sentimiento era cada vez más humanitario. El requerimiento de soluciones implicaba también, en el contexto con-

temporáneo, la demanda de leyes prohibitorias. La reacción instintiva de los hombres fue legislar para erradicar esos males."²⁹

Naturalmente, los grupos de intereses afectados por esas leyes ofrecían resistencia, pero esto no conducía habitualmente a la inacción: más bien se llegaba a un débil compromiso, que sentaba un precedente para futuras y más amplias regulaciones.

En la segunda etapa se divulgaban nuevas revelaciones, en las que se señalaba que los males denunciados permanecían intactos porque la legislación vigente carecía de los mecanismos necesarios para hacer cumplir el compromiso contraído, y por lo tanto esa tarea quedaba en manos de los funcionarios locales. Estas revelaciones conducían a la tercera etapa, esto es, el nombramiento de administradores centrales que gradualmente adquirirían pericia en sus respectivos campos de acción, convirtiéndose en una fuerza vocal destinada a promover y estimular la promulgación de leyes adicionales y una mayor centralización.

La cuarta etapa en el desarrollo del estado administrador se caracterizaba por una nueva sofisticación por parte de estos burócratas centralizados, quienes empezaban a considerar que su misión era demasiado lenta. En consecuencia, reemplazaban el concepto estático de la administración por un concepto dinámico, lo cual les permitiría desempeñar un papel esencial para cerrar las brechas y "apretar los tornillos». Finalmente, en la última etapa, estos burócratas se encariñaban con la idea de la pericia científica y adoptaban un fabianismo más o menos consciente. Este proceso de centralismo administrativo ayuda a explicar en qué forma el colectivismo "se propagó como una plaga invisible" durante el siglo XIX.

Roberts atribuye el desarrollo del estado administrativo a las respuestas ad hoc al industrialismo

David Roberts expone en un fascinante estudio, *Victorian Origins of the British Welfare State*, su opinión sobre la génesis y las motivaciones subyacentes en el establecimiento del estado benefactor en Gran Bretaña. Su análisis es compatible con la argumentación de MacDonagh, quien sostenía que ese desarrollo estatista era en

²⁹ Oliver MacDonagh, *The Nineteenth-Century Revolution in Government*, P.58.

buena medida involuntario. Al remediar los males sociales percibidos, pero no los males principalmente económicos, los victorianos pusieron los cimientos de un estado administrativo, centralizado y burocrático. Y no lo hicieron respondiendo a algún imperativo ideológico predominante, sino más bien a un pragmatismo *ad hoc* que Roberts calificaba de "empirismo presuntuoso". Si consideramos la prodigiosa lista,³⁰ preparada por Roberts, de las nuevas comisiones y administraciones centrales que se establecieron durante el período de 1833 a 1854, no puede negarse que los hombres de la época victoriana eran una generación de verdaderos activistas:

L Departamentos permanentes para la administración general

A- Comisiones independientes

1. Comisión de las Leyes de Pobres (1836)
2. Comisión Eclesiástica (1836)
3. Comisión de Asilos para Enfermos Mentales (1842)
4. Comisión de Caridad (1854)
5. Registrador de Nacimientos, Fallecimientos y Casamientos (1836)

B. Inspecciones del Ministerio del Interior

1. Inspectores de Fábricas (1833)
2. Inspectores de Cárceles (1835; después de 1854 inspeccionaban también los reformatorios)
3. Inspectores de Disección (1839)
4. Inspectores de Minas (1842 y 1850)
5. Inspectores de Cementerios (1854)
6. Inspectores de la Fuerza Policial (1856)

C. Oficina Colonial

Comisión de Tierras Coloniales y Emigración (1839)

D. Departamentos del Consejo Privado

1. Comité de Educación (1839)
2. Junta de Comercio

³⁰ David Reberta, *Victorian Origins of the British Welfare State*, pp. 93-96.

a) Departamento de la Marina Mercante (1850) b) Departamento de Artes y Ciencias (1852) e) Junta Ferroviaria (1839) d) Comisionados de Patentes e Inventos (1850) e) Oficina de Registro de Sociedades Anónimas (1833) 1) Disetio de la ~a de Registro (1839)

II. Departamentos permanentes para la metrópoli

A. Ministerio del Interior: Policía Metropolitana

1. Inspectores de casas de hospedaje comunes (1853)
2. Inspectores de industrias nocivas (1854)

B. Oficina de Bosques y Florestas y de Obras Públicas: con poderes sobre los diques del Tâmesis, los parques y numerosas calles

C. Junta de Comercio

1. Inspectores de las fuentes hídricas de Londres (1852)
2. Comisionados para regular el trabajo de los carboneros de Londres (1843)

D. Comisión Metropolitana de Cloacas (1847)

E. Comisión de Construcciones Metropolitanas (1844)

III. Comisiones temporarias

A. Administrativas

1. Comisionados de la Universidad de Oxford (1854-1858)
2. Comisionados de Dízmos, Cercas y Enfiteusis (1836, Dízmos; 1841, Enfiteusis; 1845, Cercas; 1851, consolidados)

B. Comisionados de Investigación en:

1. Derecho escrito
2. Universidad de Cambridge
3. Bellas Artes
4. Cólera de Newcastle
5. Corporación de Londres
6. Donaciones de caridad

7. Disputas sobre tres actos electorales
8. Derecho comercial
9. Registro y traslación de dominio
10. Tribunales de distrito.

Roberts reitera una frase que aparece en toda la literatura especializada (que "Cada reforma se promulgaba para hacer frente a un hecho concreto, y no para obedecer a un principio"), y afirma que el acontecimiento transformador no era un programa partidario o una filosofía política, sino el fenómeno mismo de la revolución industrial.

Los argumentos de Roberts compendian un aspecto de la historiografía que denigra el papel de las ideas y de los individuos, mientras atribuye el cambio a "fuerzas" aparentemente independientes. Y de este modo, la revolución industrial, con sus grandes fábricas, minas, ferrocarriles, buques de vapor y ciudades atestadas, condujo a la concentración de los abusos, y estos abusos dieron origen a las restricciones gubernamentales. Otras "fuerzas" igualmente deshumanizadas operaban en una dirección paralela, v. gr., el avance de la ciencia, el rápido incremento de la riqueza y la fe cada vez más firme en el progreso social. De acuerdo con el análisis de Roberts, estas «fuerzas» desencarnadas explican la transformación sufrida por Inglaterra, que siendo uno de los gobiernos menos intervencionistas de Europa en 1833, se convirtió hacia 1854 en uno de los más comprometidos en asegurar el bienestar de los ciudadanos. De este modo, Gran Bretaña logró crear, inadvertidamente, «un estado administrativo que no deseaba».

Aunque Roberts exagera, evidentemente, su argumento relativo al funcionamiento de un mecanismo que estaría por encima del factor humano y permitiría explicar el cambio histórico, se mueve sin duda en un terreno más firme cuando evalúa la inconsecuencia ideológica de las principales fuerzas políticas de la época. Si bien tanto los conservadores (*tories*) como los whigs se oponían tradicionalmente al centralismo, ambos contribuyeron a la creación del estado administrador intervencionista. Según Roberts, sólo un bando, el de los utilitarios, estaba en favor de un gobierno fuerte y benévolo, mientras que los evangélicos *tories*, como Lord Ashley (conde de Shaftesbury), comprometidos también con la reforma, no actuaban basándose en ningún principio consecuente. Sin embargo, dado el punto de vista mecanicista de Roberts, no es extraño que continúe negándose a adjudicar a estas «minorías activas» un papel descollante o decisivo en la construcción del estado colectivista.

D~ción de Gordon entre y libe~ de comercio

H. Scott Gordon trató el mismo tema en un ensayo titulado "The Ideology of Laissez Faire", pero le dio un sesgo ligeramente distinto.

Gordon denigraba la idea de que la cruzada contra las leyes de granos fue el resultado de una posición principista basada en la doctrina del *laissez faire*, y en apoyo de este punto de vista se refería al hecho de que durante el prolongado debate parlamentario no se mencionara ni una sola vez el término *laissez faire*, y a la declaración de Sir Robert Peel según la cual no había más de media docena de miembros del Parlamento que fueran partidarios de aplicar ese principio a las cuestiones económicas. Lo que Gordon percibía, en cambio, era un vigoroso desarrollo de la ideología de la libertad de comercio. "A mediados del siglo XIX se difundió ampliamente en Inglaterra la ideología de la libertad de comercio, pero no hubo un desarrollo similar de la ideología del *laissez faire* .1131 De este modo, una importante deficiencia historiográfica explica la engañosa identificación del *laissez faire* con la libertad de comercio. Una vez descartado este aparente clímax del *laissez faire* como factor esencial en los exitosos esfuerzos tendientes a anular las leyes de granos, el argumento de Gordon en favor de un desarrollo gradual *ad hoc* del estado administrativo termina en una posición ya conocida.³²

31 H. Gordon, «The Ideology of Laissez-Faire», p. 202.

32 H. Gordon descubre en el trabajo de Anydelotte, "The Conservative and Radical Interpretation of Early Victorian Social Legislation», nuevos datos en apoyo de sus argumentos. Anydelotte examina las listas de las votaciones registradas en el Parlamento desde 1841 hasta 1871 cuando se trataron propuestas radicales relativas a la reforma política, las leyes de granos y el proyecto de ley de las diez horas, y encuentra que no había casi ninguna relación estadística entre la forma en que votaron los legisladores la reforma política y las leyes de granos, y la forma en que votaron la regulación económica en el proyecto de las diez horas. Por lo tanto llega a la conclusión de que ninguna coherencia ideológica subyacente había condicionado el comportamiento de los legisladores incitándolos a votar de una determinada manera. "La reforma radical [...] y la regulación de las horas de trabajo constitulan dimensiones actitudinales diferentes que en gran medida no se relacionaban una con la otra." P. 233.

La "era del equilibrio» de Burn: localismo versus centralización

La posición revisionista más equívoca fue quizá la enunciada por W. L. Burn en su estudio sobre la Inglaterra de mediados de la época victoriana, *The Age of Equipoise*, en el cual caracteriza los años entre 1852 y 1867 como un "período particularmente confuso".³³ "Resulta cada vez más evidente que cualquier rígida distinción entre individualismo y *laissez faire* no es solamente inútil, sino perjudicial. A lo sumo, puede decirse que la opinión pública se inclinaba hacia el individualismo."³⁴ Lo que parece más importante para Burn, así como para los otros revisionistas, es el enfoque gradual y teórico para resolver los problemas sociales a medida que éstos sacuden la conciencia pública. En vez de tratar de investigar el período en función de un conflicto entre individualismo versus colectivismo, Burn percibe una bifurcación entre las fuerzas del localismo y de la centralización.

La legislación anti-*laissez faire*

Cometeríamos una imperdonable omisión si antes de finalizar el análisis de los argumentos revisionistas no mencionáramos algunas de las piezas claves de la legislación intervencionista que se promulgaron durante el período, y que suelen citarse para reforzar la posición revisionista. La legislación anti-*laissez faire* incluía: el acta de reforma de las leyes de pobres de 1834, que establecía el nombramiento de inspectores centrales (como lo hizo la ley de cárceles de 1835); las diversas leyes educacionales promulgadas desde la década de 1830 en adelante, que culminaron en 1880 con la ley de enseñanza obligatoria a expensas del estado; la ley de 1841, que prohibía el trabajo de las mujeres, los aprendices y los niños menores de trece años en las minas de carbón (y otras leyes que regulaban ampliamente el trabajo en las minas); diversas leyes de fábricas que a partir de 1833 limitaban las horas de trabajo de las mujeres y de los niños; la inspección de asilos y manicomios; una amplia regulación del sistema ferroviario; la ley de construcciones metropolitanas, que facultaba a la Junta de Obras Públicas a establecer especificaciones para la edificación (todas estas leyes se promulgaron durante la década de 1840, bajo

³³ W. L. Burn, *The Age of Equipoise*, p. 217. ³⁴ W. L. Burn, *The Age of Equipoise*, p. 150.

la inspiración de los paternalistas torios); la ley de salud pública de 1848; la ley de inspección minera; la ley de navegación mercantil; la ley de cementerios de 1850 y otras leyes de la década de 1850 destinadas a reglamentar y controlar los albergues y casas de hospedaje comunes, eliminar el humo de la ciudad de Londres, reglamentar el funcionamiento de los faros, prestar ayuda a los reformatorios juveniles, crear una comisión permanente de beneficencia, regular la marina mercante y crear un departamento de artes y ciencias con el fin de promover las nuevas tecnologías. La lista podría continuar, y cada especialista en la materia que elabore un compendio de este tipo aportará sin duda otros ejemplos de leyes anti-laissez faire; a decir verdad, son tantas que hay para elegir.

Argumentos de los contra-revisionistas en favor de una "era de laissez faire"

Los puntos de vista de Taylor en apoyo de una *laissez faire* relativa

Ante esta abrumadora evidencia de la energía e inventiva desplegadas por los legisladores victorianos, no es de extrañar que los contra-revisionistas, --es decir, aquellos que sostienen la existencia de una verdadera "era de laissez faire!-- invocaran argumentos poco firmes y de alcances algo limitados, como lo ejemplifica el trabajo de Arthur Taylor titulado "Laissez Faire and State Interventions in Nineteenth-Century Britain". Para Taylor, el laissez faire fijó los términos del debate a mediados del siglo, y actuó como una suerte de freno contra un intervencionismo más extremo, forzando la aceptación de compromisos en vez de un estatismo simplemente triunfante. Como ejemplo podríamos citar el caso de las leyes de fábricas, donde el laissez faire estableció límites al alcance de la reforma; en efecto, mientras hombres como Senior y McCulloch apoyaron la ley de 1833 destinada a reglamentar las horas de trabajo de las mujeres y los niños, se opusieron a la intensiva campaña de 1846 en favor de la ley de las diez horas.

Taylor admite que con mucha frecuencia el principio de no interferencia descuellaba más por lo que se viola que por lo que se cumple:

"Sin embargo, aunque las reivindicaciones del principio de no interferencia no podían excluirse totalmente del cálculo ministerial, las decisiones en materia de acción

política seguían frecuentemente un curso intervencionista. Incluso cuando se admitía en principio la falta de validez de la no interferencia, la conveniencia práctica exigía y aseguraba la adopción de políticas que quebrantaban el espíritu y la letra del *laissez faire*».35

~Cómo resuelve entonces Taylor el problema de una supuesta "era de *laissez faire*"? Curiosamente, llega a la conclusión de que, en el fondo, la existencia de esa era depende del punto de vista desde el cual cada uno enfoca el problema. Si bien el principio del *laissez faire* no puede considerarse, ciertamente, como la «piedra angular» del sistema, sus efectos fueron importantes. De hecho, si nos atenemos a la esfera económica, parece justificarse la realidad de una "era de *laissez faire*". Pero incluso aquí, la evidencia no es concluyente en áreas como la banca, las patentes, la quiebra, las pesas y medidas y las sociedades anónimas. Sin embargo, en lo relativo a los problemas económicos más trascendentes -libertad de comercio, economía interna de la industria y frugalidad en los gastos de gobierno- se justifica ampliamente, según Taylor, el veredicto en favor de una inequívoca "era de *laissez faire*". Taylor analiza los gastos gubernamentales entre 1820 y 1870 y señala el aumento relativamente trivial producido durante ese lapso (de 57,5 a 69 millones de libras) como prueba de una política fiscal de frugalidad y de presupuestos equilibrados, inspirada por el *laissez faire*. Mientras que los gastos del gobierno aumentaron diez veces entre 1900 y 1914, se incrementaron en una proporción infinitesimal durante el siglo XIX; en realidad, los gastos gubernamentales, como porcentaje del producto bruto nacional disminuyeron del 11% en 1792 al 8,9% en 1890. Taylor concluye que el intento de regular la economía en los siglos XVII y XVIII (y, ciertamente, en el siglo XX) es tan evidente como lo es la deliberada decisión de abstenerse de esos propósitos en el siglo XIX.

"Si examinamos la situación de la Inglaterra del siglo XIX a la luz de, las experiencias y de las políticas de las épocas anteriores y posteriores, y la relacionamos con los principios y prácticas aplicados por sus contemporáneos europeos, podríamos decir que durante ese período Inglaterra estuvo, más cerca de, vivenciar una era de *laissez faire* que cualquier otra sociedad en los últimos 500 años de la historia

35 Arthur Taylor, «Laissez-Faire and State Intervention», p. 48.

mundial; a pesar de que en más de una ocasión el *laissez faire* era quebrantado en la propia Inglaterra y subvertido aun más claramente en las políticas económicas que se aplicaban en Irlanda y la India, sólo a partir de 1870, y durante los veinticinco años siguientes, el fuerte impulso del *laissez faire* influyó en el moldeamiento y el carácter de la política económica gubernamental».36

Dado el alcance de ese intervencionismo al que sólo le cabe el calificativo de «económico» -las leyes de fábricas, la regulación ferroviaria y minera, la banca, etc.- debemos aceptar con cierto escepticismo no sólo la conclusión algo exagerada de Taylor, sino también la posición del propio Taylor en algunas de sus declaraciones más equívocas.

Consideraciones de Grouch sobre el Laissez faire
"Laissez faire y el "intervencionismo esclavo"

R. L. Crouch es, sin duda, entre los contra-revisionistas, el que posee más inventiva. En su ensayo «Laissez-Faire in Nineteenth Century Britain: Myth or Reality?» llegó a extremos inconcebibles para redefinir el *laissez faire*, mutilándolo a tal punto que resulta apenas reconocible, y todo esto con el fin de resucitar una "era de *laissez faire*". Crouch procura convencernos de que lo que constituía para Roberts, y Brebner una prueba del incipiente estado benefactor era, por el contrario, perfectamente compatible con la idea de un "*Laissez faire* refinado" de los economistas clásicos. Según, Crouch, los economistas clásicos encarnaban esta idea de un *laissez faire* "refinado», no la caricatura de la «anarquía bajo el control de la policía» duramente criticada por Carlyle. De acuerdo con esta concepción "refinada" del rol del gobierno, las funciones que le corresponde desempeñar son: 1) establecer y hacer cumplir las leyes y actuar como árbitro en las controversias; 2) combatir el monopolio y promover la competencia; 3) tener en cuenta la existencia de externalidades (p. ej., las opiniones de Adam Smith sobre las obras públicas, las patentes y los monopolios); 4) ejercer un paternalismo inevitable (como en el caso de los niños); 5) proveer un marco monetario estable, y 6) proteger a los indigentes. Después de haber redefinido el concepto de *laissez faire* para incluir

36 Arthur Taylor, "Laissez-Faire», p. 64.

todo aquello que los economistas clásicos tenían que decir acerca de las facultades legítimas del gobierno, Crouch descubre--lo cual no debe sorprender a nadie-- que las leyes promulgadas en el siglo XIX concuerdan con su redefinición. Pero, como vimos anteriormente, la escuela clásica distaba de ser la depositaria de un consecuente no intervencionismo. Unos cuantos ejemplos bastarán para ilustrar hasta qué punto distorsionó Crouch el concepto de *laissez faire* para lograr que se adaptase al lecho de Procusto del regulacionismo británico. Así, las leyes de fábricas de 1833, la ley de los deshollinadores de 1840, la ley de los mineros de 1842 y las leyes de las diez horas de 1847-1848 son descritas como medidas destinadas a combatir las fuertes "dis-economías" externas o, alternativamente, como leyes de inevitable paternalismo. A juicio de Crouch, Dicey estaba simplemente equivocado al considerar que la ingerencia del estado en la educación o la imposición de normas mínimas de seguridad y sanidad eran incompatibles con el *laissez faire*, y presagiaban el colectivismo por venir. Por el contrario, eran el resultado natural del concepto de un «*laissez faire* refinado" que requiere "un grado sustancial de intervencionismo esclarecido".

Crouch niega veliementemente que este principio "refinado" del *laissez faire* pudiera justificar todas las medidas políticas del estado benefactor moderno. Algunas características del estado benefactor -como la nacionalización, los controles a la importación, la vivienda pública, los controles de precios, las leyes de salario mínimo y los programas de ayuda agrícola- continuarán siendo injustificables. En su ataque a los contra-revisionistas, Colin Holmes pone al descubierto el truco semántico de Crouch:

"Al tratar de conciliar la economía clásica con el principio de *laissez faire*, Crouch recurre a un razonamiento vicioso: comete una petición de principio, es decir, da como cierto lo que se trata de probar, y ofrece una redefinición de compromiso del *laissez faire* que por ser tan amplia carece de todo significado útil. Las leyes de intervencionismo gubernamental que puedan justificarse en función de las economías externas, resultantes incluyen la nacionalización de las industrias claves y la provisión estatal de programas de bienestar. Por lo tanto, la versión 'redefinida' de Crouch se adaptaría a la mayoría de las economías mixtas y a los estados benefactores de fines del siglo XX; de este modo, los

últimos 150 años podrían ser descritos como una era de *laissez faire*.³⁷

Holmes esgrime aquí, obviamente, el mejor de los argumentos porque el *laissez faire* «redefinido» de Crouch podría abarcar fácilmente las medidas del estado benefactor que -según él- mismo declara con un poco más de inventiva que la que empleara para justificar las leyes de fábricas- están fuera de su esfera. Holmes dispara otra andanada contra los anti-revisionistas cuando refuta la afirmación de Taylor en el sentido de que la pequeña tasa de incremento de los gastos gubernamentales durante el siglo XIX refleja la opinión prevaleciente en contra del intervencionismo. Empero, si comparamos la década de 1820 con la de 1870 observaremos que las categorías correspondientes a los gastos civiles y educacionales saltaron del 1% al 20,4% del presupuesto nacional.

Juicio ~ sobre la "era de *laissez faire*" en Gran Bretaña

~Cómo podríamos justipreciar esta encendida controversia en torno a una "era de *laissez faire*?" La nómina de las leyes intervencionistas es enorme, pero no deberíamos descartar con demasiada ligereza las excrecencias legislativas de la era mercantilista que fueron echadas por la borda en la primera mitad del siglo: v. gr., las leyes que prohibían los sindicatos obreros, las leyes de navegación, las leyes de granos, y muchas otras restricciones al comercio menos conocidas. Y cuando consideramos la multitud de controles gubernamentales sobre la economía que ejercen los estados benefactores modernos -papel moneda *ersatz*, nacionalización, seguro social y programas de asistencia médica (*Medicare*) obligatorios, leyes de salario mínimo, gastos provocados por déficit masivos, control de los ciclos comerciales, etcétera- el estado victoriano parece haber sido, en verdad, singularmente apático. Después de 1870, por supuesto, el panorama legislativo y administrativo resultaría mucho más reconocible para el intervencionista moderno. La posición de Taylor o de Burn puede ser la que más se acerca a la verdad al considerar que la Inglaterra de mediados del siglo fue un campo de batalla entre el colectivismo y el individualismo. Sin embargo, lo que parece casi incontrovertible -aunque aquí los eternos opositores consideran que Inglaterra pasó

37 Colin Holmes, «Laissez-Faire and Interventionism: A Potential Source of Historical Error», *Journal of Political Economy* 57 (octubre 1949): 438-441.

simplemente de una era de intervencionismo a la siguiente sin ningún interregno- es que en comparación con la Inglaterra de los siglos XVII-XVIII y XX, el siglo XIX representó el «apogeo» del *laissez faire*.

Sper~. 4~ quê el tai~ faim deja poem hue~

Joseph Spengler plantea un importante punto historiográfico que atañe a esta cuestión de una «era de *laissez faire*».38 Spengler advierte que ciertas ideas preconcebidas pueden afectar a recientes investigaciones según las cuales el intervencionismo estatal habría cumplido un papel mucho más importante que el que le atribuían los especialistas en el siglo XIX. Los historiadores pueden descubrir más pruebas de intervencionismo que las que caracterizaron el período por la sencilla razón de que es mucho más probable que "dejen huellas" los actos estatistas que los acontecimientos relacionados con la política de *laissez faire*. La apología del *laissez faire* en forma escrita sería mucho menos frecuente en una época en que era la ideología predominante y no necesitaba recurrir a un gran despliegue propagandístico, mientras que abundarían, en cambio, los libros, panfletos e informes gubernamentales destinados a excitar a la opinión pública en favor del intervencionismo. Por otra parte, los burócratas y las organizaciones filantrópicas demuestran ser diligentes custodios de sus propios registros y documentos, mientras que las pruebas de la existencia de una política de *laissez faire* tenderían a desaparecer, puesto que eran, en gran medida, el resultado de acuerdos y transacciones de carácter privado. Estos factores se habrían acentuado con el correr del tiempo.

Las cautas observaciones de Spengler son reveladoras, y explicarían por qué los primeros investigadores que estudiaron el alcance del no intervencionismo en la Inglaterra del siglo XIX se inclinaron a considerar el período como la apoteosis del *laissez faire*. Después de todo, el revisionismo es un fenómeno bastante tardío, ya que data de las postrimerías de los años 40 y sólo flega a su apogeo en la década de 1960.

38 Joseph A. Spengler, 'Laissez-Faire and Interventionism: A Potential Source of Historical Error', *Journal of Political Economy* 57 (octubre 1949):438-441.

& ¿Qué efecto ejercieron las benditas sobre la i-Útica de su época?

Una acción revisionista de Brebner contra el colectivismo benthamita

El artículo de Brebner, «Laissez-Faire and State Intervention in Nineteenth-Century Britain», fue, una vez más, la punta de lanza del ataque revisionista contra la posición tradicionalista de los benthamitas, acusados de ser, o bien espectadores inocuos, o cómplices inconscientes del ascenso del colectivismo. No sólo era Bentham "el arquetipo del colectivismo británico", sino que sus discípulos eran el principal motor de "cada injerto intervencionista". Edwin Chadwick, secretario y colaborador de Bentham en el *Constitutional Code*, se convirtió en el "arquitecto de la intervención estatal" puesto que trabajaba activamente en las comisiones reales para promover los objetivos benthamitas de supervisión y regulación estatal. Y en todos los actos de propaganda en favor de las leyes de pobres, las leyes de fábricas, la policía municipal o los programas de salud pública, Chadwick y sus colegas utilitarios desempeñaron un papel vital. Pero por si a alguien se le ocurriera suponer que la influencia de los utilitarios terminó con la muerte de Bentham o la vejez de sus discípulos, Brebner se apresura a asegurarnos que John Stuart Mill, ese "socialista liberal», garantizó la continuación del activismo benthamita. «Mill fue, en el fondo, un intervencionista benthamita, no el apóstol del *laissez faire*.»³⁹

Roberts y MacDonagh: "una interpretación tory» versus Brebner

No deja de ser curioso que los dos revisionistas que apoyaron con más vehemencia a Brebner en lo concerniente a una presunta "era de *laissez faire*" representen, cuando se considera el problema de la influencia del benthamismo, "las voces más fuertes de la disidencia".⁴⁰ MacDonagh y Roberts no desconocen el gigantesco cuerpo de pruebas de que los benthamitas integraban las comisiones reales y habían trabajado activamente en favor de la

³⁹ J. B. Brebner, «Laissez-Faire and State Intervention», p. 69.

⁴⁰ Para un estudio completo sobre este tema, véase el artículo de Valerie Cromwell, "Interpretations of Nineteenth-Century Administration: An Analysis", *Victorian Studies* 9, M 3 (marzo 1966): 245-254.

enseñanza obligatoria a cargo del estado, la limitación del trabajo de los menores, la legislación sanitaria, etc. Sin embargo, se niegan a aceptar que los benthamitas desempeñaron un papel indispensable. MacDonagh va aun más lejos cuando acusa al benthamismo de estar irremediablemente contaminado con la carga de individualismo. En los asuntos administrativos afirma MacDonagh, el benthamismo no tenía ninguna influencia sobre la opinión en general o sobre la mayoría de los funcionarios públicos:

"[...] nada es más erróneo que el presupuesto prima facie 'general' de que los cambios 'útiles', 'racionales', o 'centralizadores' producidos en el siglo XIX eran de origen benthamita. Por el contrario, el *onus probandi* [el peso de la prueba] debía descansar en el benthamismo. Tales cambios eran, en gran medida, respuestas naturales a los problemas concretos de todos los días, que eventualmente afloraban a la superficie presionados simplemente por las exigencias de la situación [...]. En términos generales podemos decir, primero, que la auténtica contribución del benthamismo al gobierno moderno debe medirse en función de las acciones particulares de individuos particulares; segundo, que el benthamismo, en la medida en que se identificaba con otras ideologías contemporáneas, constituyó, en cierta forma, un obstáculo para el desarrollo del gobierno moderno; y tercero, que el benthamismo 'administrativo', allí donde era eficaz, contribuyó también en forma peculiar, idiosincrásica, al gobierno del siglo XIX, una contribución que era extraña y a veces contraria a la línea principal de desarrollo».41

Argumentos de Ro~ contra la importancia del benthamismo, para el colectivismo

El más elaborado estudio analítico, tanto del *Constitutional Code* de Bentham para la reconstrucción del gobierno británico, como de las maquinaciones de los benthamitas tendientes a apoyar las reformas políticas, económicas y sociales, puede encontrarse en el artículo de David Roberts titulado "Jeremy Bentham and the Victorian Administrative State". De acuerdo con su general aversión a atribuir los cambios históricos a la eficiencia de las ideas o de la acción de los hombres, Roberts niega que los benthamitas hayan

41 Oliver MacDonagh, 'The Nineteenth-Century Revolution in Government', pp. 65, 66-67;

cumplido un rol esencial en la construcción, del estado colectivista. Pero la evidencia que oferte de la abrumadora presencia de los benthamitas en las comisiones reales claves parece dar un mentís a su propia conclusión. En el *Constitutional Code*, escrito en la década de 1830 y dado a conocer en esa época a sus partidarios (aunque sólo se publicó en 1841), las arrolladoras reformas propuestas por Bentham tenían un carácter evidentemente centralista. Bentham requería la creación de trece ministerios que supervisarían a las autoridades locales con el fin de asegurar la educación pública gratuita, una fuerza policial eficiente, buenos caminos y carreteras y ayuda expeditiva a los pobres. Al criticar a los burócratas *amateur*, elegidos por favoritismo, abogaba por el establecimiento de una administración central integrada por profesionales rentados, que debían ser elegidos por concurso de oposición. Sin embargo, estas reformas ponían de manifiesto, a juicio de Roberts, la creencia en el *laissez faire* y un equilibrio entre localismo y centralismo, pero estos puntos de vista fueron refutados hábil y categóricamente por L. J. Hume. Según la interpretación de Hume, las reformas eran esencialmente centralizadoras e implícaban la tentativa de reorganizar la legislación para remediar los desórdenes sociales. Por lo tanto, considera que el benthamismo actuaba de conformidad con las verdaderas reformas que cimentaron el estado colectivista.⁴²

En el análisis de Roberts sobre las grandes leyes de reforma socio-económica promulgadas desde 1830 hasta fines de 1850 es precisamente donde su argumento contra la influencia benthamita parece más tortuoso. Roberts documenta minuciosamente los esfuerzos realizados por los discípulos de Bentham en pro de dichas reformas, pero en cada caso minimiza su importancia, sea cuando detecta alguna leve desviación respecto del benthamismo ortodoxo en el producto final, sea cuando señala cierta inevitabilidad en el resultado que desmentiría la influencia de los benthamitas. Mencionemos algunos de estos casos: 1) Aunque Norman Senior y Edwin Chadwick fueron los líderes de la reforma de las leyes de pobres de 1834 y formaron parte de la comisión real que estableció las administraciones centrales, Roberts pone en duda que Chadwick se haya inspirado en el benthamismo; 2) aunque los utilitarios, Chadwick y Southwood Smith, trabajaron en la Comisión de Fábricas, los benthamitas no iniciaron las reformas ni les dieron su forma final, que fue impulsada y plasmada por los evangelis-

42 L. J. Hume, "Jeremy Bentham and the Nineteenth-Century Revolution in Government", *The Historical Journal* 10, N^o 4 (1967): 361-375.

tas tories y los grandes industriales; 3) s'bien Chadwick, Smith y

a,

James Key, como comisionados de las leyes de pobres, redactaron en 1838 y 1839 varios informes en los que revelaban la existencia de focos insalubres y recomendaban el mejoramiento de las condiciones sanitarias, la ley que se promulgó en 1848 no era particularmente benthamita. Roberts aplicó el mismo procedimiento para descartar la influencia benthamita en las reformas concernientes a la educación, las cárceles, los manicomios, las sociedades privadas de beneficencia, los ferrocarriles y la marina mercante. Todas estas reformas fueron respaldadas y motorizadas por el mismo grupo de utilitarios.

Roberts parece haber comprobado el argumento de sus adversarios, pero se niega terminantemente a conceder al benthamismo algo más que el haber estado a tono con los tiempos. "El simple cálculo de hacer el bien en la mayor medida posible para el mayor número de personas, sin invocar la voluntad de Dios o la ley natural, ofrecía a los reformadores sociales de la época victoriana una sólida justificación para el establecimiento de un estado más grande y más activo, un estado que garantizara el bienestar del obrero, del pasajero de los ferrocarriles, y del morador de las casas de inquilinato."⁴³ A pesar de esta admisión, y de la reveladora huella que dejaron los benthamitas con su participación en las comisiones reales y su abierto apoyo al intervencionismo estatal, Roberts afirmaba que aun si Bentham no hubiera escrito una sola palabra, los reformadores victorianos habrían continuado con sus leyes de pobres, sus leyes de fábricas, sus programas educacionales y sus inspectores centrales. Todo esto era, simplemente, una necesidad de los tiempos.⁴⁴

Crítica de Hart a la "interpretación tory" de MacDonagh y Roberts

A la luz de las pruebas aportadas por Roberts que socavaban sus propias conclusiones, no es de extrañar entonces la vehemencia de los contraataques que procuraban salvar el buen nombre de los

43 David Roberts, «Jeremy Bentham and the Victorian Administrative State», *Victorian Studies* (marzo 1959): 207.

44 Para otras opiniones autorizadas que están de acuerdo con MacDonagh y Roberts en desechar la influencia del benthamismo sobre el colectivismo británico, véanse: Kitson Clark, *The Making of Victorian England*; R. L. Lambert, "A Victorian National Health Service-State Vaccination, 1855-71". *Hist. Ft. V* (1962):1-18; Robert M. Gutchen, "Local Improvements and Centralization in Nineteenth-Century England", *Hist.Fl.* 4 (1961): 85-96; W. L. Burn, *Age of Equipoise*.

benthamitas presentándolos como fogosos intervencionistas. Aunque el artículo de Jennifer Hart, "Nineteenth-Century Social Reform-A Tory Interpretation of HiStory",⁴⁵ no es el primero en su género, justifica nuestra atención por la perspicacia de que da muestras al considerar que la escuela de MacDonagli-Roberts ejemplifica una "interpretación tory» de la historia. Mientras que una "interpretación whig» requiere la presencia de héroes y villanos, la concepción tory subestima el papel de los hombres y, lo que es aun más significativo, el papel de las ideas. Los aspectos más engorrosos de esta interpretación tory son, a juicio de Hart, los siguientes: 1) la subestimación de la influencia benthamita; 2) el excesivo énfasis en el humanitarismo y en el despertar de la conciencia cristiana como herramientas que habrían de moldear la opinión pública en favor de las reformas; 3) la afirmación de que era posible enfrentar los males sociales cuando los hombres sentían que eran intolerables; 4) el convencimiento de que las reformas no eran premeditadas o planeadas, sino el resultado del "proceso histórico" o de la acción de fuerzas ciegas. De acuerdo con la concepción antropocéntrica de la historia legislativa del siglo XIX, formulada por Hart, los benthamitas ocupan el centro de la escena. Desde las leyes de fábricas de 1833 hasta la reforma de las leyes de pobres de 1834, pasando por la ley de salud pública y la reforma carcelaria, Hart afirma el importante papel que cumplieron los benthamitas en la difusión de las reformas y la formulación de sus mecanismos.

Parris reafirma el vínculo entre el benthamismo y el colectivismo

En "The Nineteenth-Century Revolution in Government: A Reappraisal Reappraised»,⁴⁶ uno de sus primeros aportes al debate, Henry Parris subraya la influencia inconsciente que ejercen las ideas sobre la mente de los hombres: en este sentido, afirmaba que aunque ninguno de los hombres que contribuyeron a difundir las reformas hubiera sido a Bentham, las ideas de éste habrían sido decisivas de todos modos, porque influían sobre el clima intelectual de la época. Era más que probable -como sugería MacDo-

⁴⁵ Jennifer Hart, "The Nineteenth-Century Social Reform: A Tory Interpretation of History», *Past and Present*, W31 Julio 1965): 39.

⁴⁶ Henry Parris, «The Nineteenth-Century Revolution in Government: A Reappraisal. Reappraise», *Historical Journal* 11 (1960):17-37.

nagh- que los funcionarios públicos en general no hubieran leído a Bentham, pero un Edwin Chadwick "valia más que muchos centenares de funcionarios públicos".

Por otra parte, el modelo de MacDonagh no explica por qué la transición al centralismo tuvo lugar precisamente en ese momento, o por qué no se produjo mucho antes. El ingrediente que falta es el benthamismo. Parris replica a quienes desvalorizan la influencia de los benthamitas y propone un modelo propio, un modelo que destaca el rol fundamental de los utilitarios. Afirma que es imposible comprender el alcance de la revolución gubernamental en el siglo XIX si no se tiene en cuenta el papel desempeñado por el pensamiento, es decir, por las ideas acerca de la organización política y social. Dicey enfatizaba sagazmente este mismo punto cuando trazaba la conexión entre las leyes y la opinión pública. En lo que respecta a esta relación, el siglo XIX puede separarse en dos períodos distintos, y la línea divisoria pasa por el año 1830. Durante todo el segundo período, la corriente de opinión predominante era utilitaria. Los utilitarios, impulsados por el principio de utilidad como núcleo central de su prédica, apoyaron simultáneamente el *laissez faire* y el intervencionismo estatal. Y una vez nombrados los funcionarios centrales para administrar las nuevas reformas -proyecto que fue ideado e impulsado por los utilitarios- estos burócratas desempeñaron un papel dominante en la legislación, incluido el desarrollo de sus propias facultades.⁴⁷ Ahora bien, el benthamismo se mueve en consonancia con el espíritu de la época, pero lo hace como principal motor propulsor, no como un espectador desinteresado o renuente. "Bentham seguía la corriente. Pero esto no quiere decir que se habría. Llegado a las mismas soluciones si él no hubiera existido.~ Una descripción de la personalidad de Edwin Chadwick, que Parris toma de un estudio de R. A. Lewis, bastará para poner de manifiesto la naturaleza de la fe que animaba a ese benthamita, al hombre que

47 Henry Parris, "The Nineteenth-Century Revolution", p. 35.

48 Henry Parris, *The Nineteenth-Century Revolution*, p. 36. Para otras opiniones autorizadas que consideraban que el benthamismo tuvo una influencia profundamente significativa en la creación del estado administrativo victoriano, véanse: Sidney y Beatrice Webb, *English Poor Law History*, Part 111; B. L. Hutchins, *Public Health Agitation*; Elie Halévy, *The History of the English People in the Nineteenth Century*; Samuel Finer, *The Life and Times of Edwin Chadwick*, pp.12-37, 74-76. '

contribuyó en mayor medida a la difusión y aprobación de las reformas intervencionistas:

"Edwin Chadwick tenía enorme fe en el interés personal]. Lo ensalzaba como fuente del vigor, la energía y la eficacia del individuo, y figura en primer plano en su pensamiento como el elemento más persistente y calculable del carácter humano. Pero no percibía ninguna prueba de que los beneficios sociales fueran obligatoriamente el resultado de la persecución de ese interés personal, y esto lo persuadió, en gran medida, de que sin las barreras erigidas por la ley, aquellas energías carentes de dirección podrían terminar por destruir a la sociedad. Por lo tanto depositó su confianza, no en el poder de algunamano invisible' que amalgamara los intereses del individuo y de la sociedad en una reconciliación mística, sino en la autoridad secular del estado que, abandonando el fetichismo del *laissez faire*, debía intervenir para orientar y guiar la actividad de los hombres hacia los objetivos deseables de bienestar comunal".⁴⁹

Juicio final sobre el papel del benthamismo

~Qué conclusiones podemos sacar de esta encendida controversia sobre el grado de influencia que tuvo el benthamismo para empujar a Gran Bretaña hacia el estado benefactor? Todo indica que tanto en los propios escritos de Bentham -sea que se reflejen a problemas económicos, sociales o de administración política- como en las actividades políticas desarrolladas por los utilitarios en el Parlamento, en la burocracia y en las comisiones reales, predomina evidentemente el respaldo al intervencionismo estatal. Chadwick y sus compañeros utilitarios apoyaron, en el fragor de la polémica, todos y cada uno de los artículos de la legislación intervencionista del segundo cuarto del siglo XIX. Si bien es cierto que fueron instigados y ayudados por los reformadores evangélicos *tories*, sus esfuerzos distaron de ser insignificantes o prescindibles. Sólo podrá comprenderse la historia de los movimientos que en Gran Bretaña se alejaron del *laissez faire* -si en realidad hubo un período arquetípico de *laissez faire*- una vez que se le adjudique a los benthamitas el legítimo e importante papel que les corresponde.

49 R. A. Lewis, *Edwin Chadwick and the Public Health Movement*, p. 188.

III Conclusión

Las discusiones en torno a si en el segundo cuarto del siglo XIX Gran Bretaña representó la edad de oro del *laissez faire* o si los benthamitas precipitaron un período de colectivismo o individualismo pierden importancia ante un hecho incontestable. Virtualmente todos los analistas económicos coinciden en que las dos o tres últimas décadas del siglo marcaron el advenimiento de la era colectivista. Desde cualquier punto de vista, éste fue el período triunfal del intervencionismo legislativo; la enseñanza obligatoria sustentada por el estado fue instituida mediante una serie de leyes en 1870, 1880 y 1891; la ley de salud pública de 1875 estipulaba la erradicación de los barrios bajos; en 1878 se promulgó la ley de fábricas que ampliaba considerablemente la esfera de acción de la legislación anterior; las leyes de arbitraje (1867-1896) establecían juntas gubernamentales de investigación que debían terciar como árbitros en las disputas laborales; y en virtud de la ley de responsabilidad del empleador (1880) y de la ley de compensación para los trabajadores (1897), se obligaba a los empleadores a asegurar a los obreros y empleados contra los accidentes de trabajo. En los asuntos exteriores, la vieja doctrina liberal sufrió también un golpe mortal a medida que fueron surgiendo nuevas fuerzas que apoyaban el internacionalismo, el militarismo, el imperialismo e incluso el proteccionismo.

Desde Gran Bretaña hacia el estatismo y el imperialismo: ¿colectivismo o liberalismo?

Los comentaristas se han empeñado en explicar, desde hace tiempo, este recrudecimiento del estatismo y el imperialismo. Para quienes consideran el período entre 1825 y 1870 como el paradigma de un incipiente colectivismo, la transición permite una oportuna explicación, esto es, que fue simplemente un desarrollo lógico, un mero proceso que ganó fuerza en una dirección predeterminada. Otros, que perciben una fractura alrededor de los años 1865 o 1870, brindan explicaciones complementarias acerca del ascenso del estado corporativo. Como escribió Winston Churchill:

«Las grandes victorias se habían ganado. Las tiranías opresoras de toda clase se habían desmoronado. La autoridad estaba quebrantada en todas partes. Los esclavos eran libres. La conciencia era libre. El comercio era libre. Pero

también el hambre y la miseria cundían libremente y el pueblo exigía algo más que libertad. Cómo llenar el vacío fue el difícil rompecabezas que dividió al partido liberal".⁵⁰

No es que el liberalismo hubiera fracasado, sino que, extrañamente, había triunfado con creces. Por lo tanto, los hombres empezaron a buscar remedios directos para solucionar las restantes deficiencias del orden social, deficiencias que se ponían de manifiesto en forma más conspicua debido a la urbanización del país y a la concomitante concentración de anomalías a la vista de todos.

Herbert Spencer explica la "vuelta a la barbarie" de Gran Bretaña

La más elocuente y persuasiva explicación de la "vuelta a la barbarie" de Gran Bretaña fue presentada quizá por un filósofo que lamentó la muerte del "viejo liberalismo" más profundamente que cualquiera de sus contemporáneos. Herbert Spencer (1820-1903) condenó el camino tomado por el liberalismo en una serie de ensayos escritos a comienzos de la década de 1880 y publicados bajo el título de *The Man Versus the State*.⁵¹ Los nuevos liberales, afirmaba Spencer, olvidaron el núcleo vital de sus creencias -la libertad individual en contraposición con la coerción estatal-, y en vez de procurar el bien del pueblo a través de los medios indirectos del mercado, flexibilizando las restricciones que pesaban sobre la empresa individual, empezaron a buscar arreglos fáciles, medidas gubernamentales directas para promover el bien social. Entonces se produjo un curioso fenómeno: justamente cuando disminuyeron los males sociales, aumentaron las denuncias contra ellos, y el público empezó a exigir la intervención terapéutica del estado. Cada pieza de la legislación intervencionista servía de precedente para incrementar el impulso en favor de nuevas regulaciones, y Spencer fue volviéndose cada vez más pesimista, convencido de que Gran Bretaña se deslizaba ineluctablemente hacia una nueva era de militarismo feudal.

⁵⁰ W. L. Churchill, *Lord Randolph Churchill*, pp. 268-269, citado en Viner, "The Intellectual History of Laissez-Faire", p. 68.

⁵¹ Herbert Spencer, *The Man Versus the State*; véanse particularmente "The New Toryism", "The Coming Slavery" y "From Freedom to Bondage".

Diversos factores contribuyeron al anti-laissez faire

En todas las explicaciones ofrecidas por los comentaristas económicos -sea que se trate de Spencer, Dicey, Schumpeter o Hutchison--⁵² salen a relucir los siguientes factores o causas: 1) la segunda y la tercera ley de reforma parlamentaria que finalmente establecieron el sufragio universal para los hombres (1867, 1884);⁵³ 2) el efecto acumulativo de la denigración del laissez faire por parte de muchos eminentes representantes del mundo de la cultura, tales como los influyentes críticos Carlyle y Ruskin; novelistas como Dickens, Thackeray y Flaubert, y poetas románticos como Shelley, Wordsworth y Coleridge; 3) el desarrollo de un movimiento obrero de la clase trabajadora, combinado con el marco intelectual representado por los socialistas fabianos (que se aceleró a raíz de una grave depresión económica); y 4) la erosión de la fe en el no intervencionismo y la autoayuda, tanto entre los miembros de la clase comercial como entre los principales economistas. No puede negarse este último factor, ya que los más importantes sucesores de J. Stuart Mill, es decir, W. S. Jevons y John Marshall, no sólo encontraban atractivo el intervencionismo, sino que simpatizaban incluso con el socialismo, especialmente en el caso de Marshall.

¿Es inevitable el paso del capitalismo al socialismo?

Los estudiosos del marxismo, basándose en las ideas expresadas por V. I. Lenin en su libro sobre el imperialismo, consideraban que el imperialismo se originaba indefectiblemente en el capitalismo. De acuerdo con esta interpretación, el imperialismo es la etapa final del capitalismo y surge de manera inevitable a raíz de las nuevas condiciones de la producción en gran escala, a medida que los capitalistas tratan de evitar la caída de sus ganancias exportando los productos excedentes. Curiosamente, Joseph Schumpeter formula una teoría similar, que se apoya en una característica innata e inevitable del capitalismo, para explicar la transición hacia el colectivismo. Schumpeter escribe al respecto:

52 W. Hutchison, A Review of Economic Doctrine 1870-1929.

53 Dicey desestima este factor y observa la tendencia de los ricos sea a resistir débilmente, sea a favorecer explícitamente la legislación colectivista. Dicey, Law and Opinion, p. 218.

"[...] no es necesario ser marxista para comprender que el sistema de la empresa privada tiende a desarrollarse hacia una forma de organización socialista. Los hechos que hemos examinado[...] por muy nefastos que puedan haber sido para el orden burgués, formaban una parte integrante de este mismo orden y, en este sentido, eran perfectamente naturales."⁵⁴

Vere ~ ~ Sobre la naturaleza del conocimiento ~ ~
veram deo naturalis»

Sin embargo, no es necesario recurrir al argumento de la inevitabilidad para explicar el torrente de leyes intervencionistas que aparecieron en los últimos veinticinco años del siglo XIX. Eminentes intelectuales, entre los cuales sobresalen los herederos de los economistas clásicos, trabajaban diligentemente para demostrar que la ciencia económica no conducía al principio político del *laissez faire*. Por consiguiente, hacia las postrimerías del siglo no se oía prácticamente ninguna voz que defendiera el no intervencionismo como solución para las evidentes dislocaciones sociales.

Herbert Spencer era casi el único que abogaba por el *laissez faire* y por una teoría moral de los derechos naturales que rechazaba cualquier vestigio de pragmatismo utilitario. Sin duda alguna, los utilitarios desempeñaron un importante papel en la remoción de esa sólida barrera contra el intervencionismo *ad hoc* - derechos naturales-, y sólo por esto tienen derecho a que se les adjudique gran parte del crédito por haber impulsado el movimiento gradual hacia el colectivismo. Sus esfuerzos fueron realmente sustanciales -como hemos visto- en el campo de la política práctica, ya que Edwin Chadwick y sus colaboradores trabajaron incansablemente en favor de la educación universal, las leyes de fábricas, la legislación sanitaria y la reforma del estado administrativo.

Todo parecería indicar que en la primera parte del siglo XIX Gran Bretaña no abrazó una versión del *laissez faire* que pudiera entusiasmar a los puristas. Quizá fue W. T. Hutchison quien se aproximó más a la verdad cuando escribió que a mediados del siglo surgió un "nuevo intervencionismo" antes de que se hubiese expurgado por completo "el viejo intervencionismo".⁶⁵ Sin embar-

⁵⁴ Schumpeter, *History of Economic Analysis*, p. 763.

⁵⁵ W. Hutchison, *A Review of Economic Analysis*, p. 763.

go, es innegable que el liberalismo y el espíritu de quiescencia gubernamental gozaron de más respetabilidad que en cualquier otra época. Los periódicos, las revistas especializadas, las novelas populares y los economistas trabajaban activamente para resguardar el ideal de un gobierno, limitado en sus atribuciones. Si bien esa defensa fue deficiente, los economistas políticos lograron erigir el principio de *laissez faire* como un baluarte contra la injerencia del estado en el mercado. No obstante, hay que reconocer que era un baluarte bastante frías, que se fue desmoronando a medida que avanzaba el siglo. Pero lo que distingue esa primera época de la nuestra es que los intervencionistas, y no los partidarios del mercado libre, eran los que estaban constantemente a la defensiva. Cada proyecto de ley en favor de una regulación gubernamental debía apoyarse en una serie de argumentos sólidos y bien documentados; la opinión general en contra del estado intervencionista tenía, sin duda, mucha fuerza. En nuestros días, la lucha se limitaría a presentar distintos proyectos competitivos que exhiben, sin embargo, el mismo carácter intervencionista, puesto que todos ellos proponen remediar los problemas sociales recurriendo a soluciones gubernamentales. Aquella influencia, más que cualquier otra cosa, contribuiría a que la Inglaterra victoriana mereciera el calificativo de la «era del *laissez faire*».